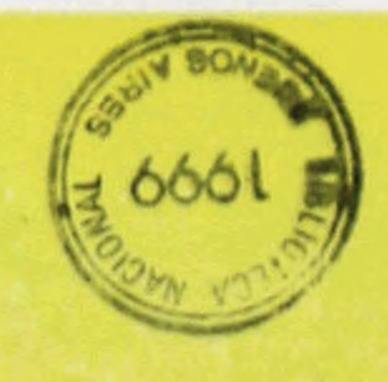
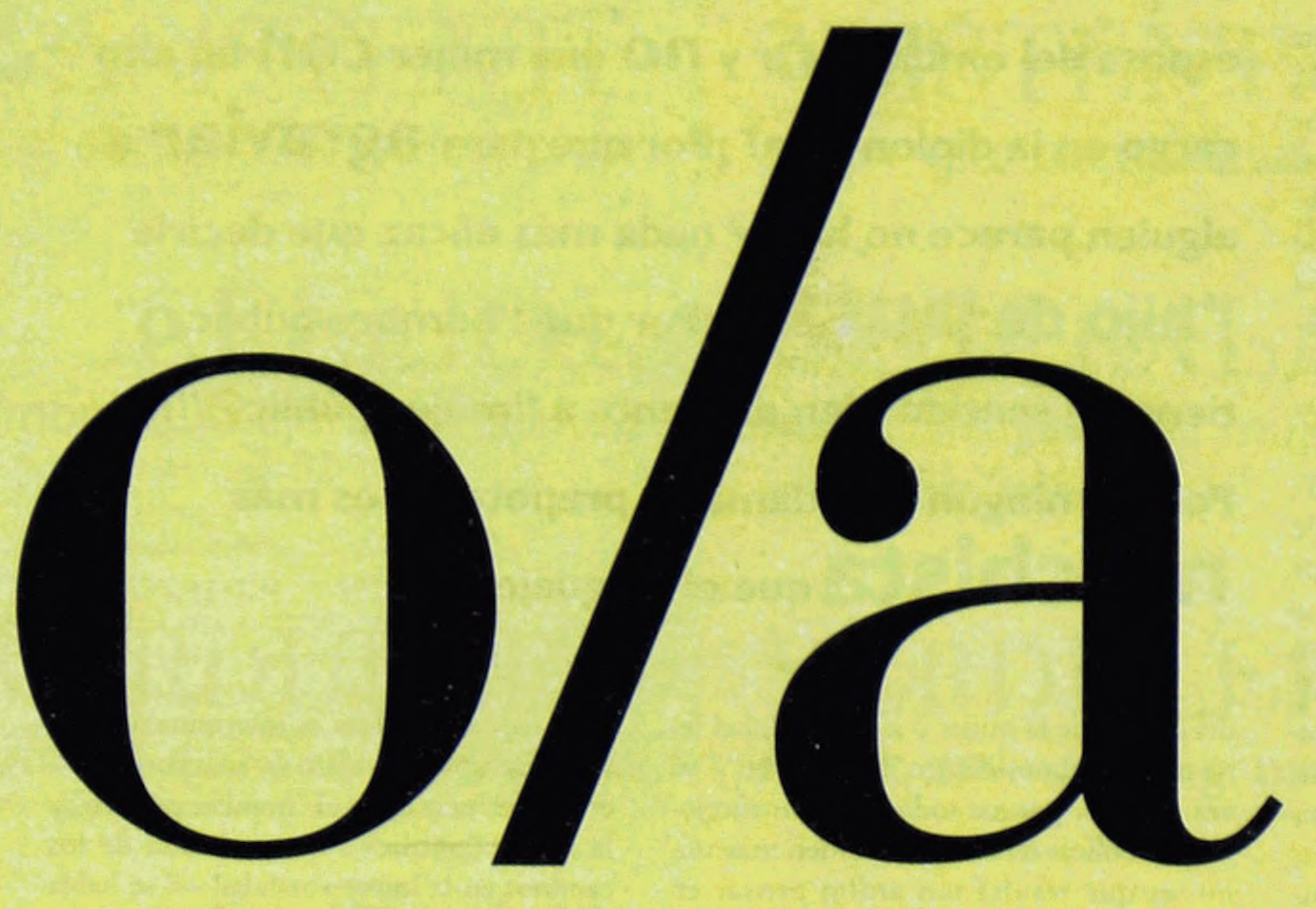
LAS/12

MIRADA DE MUJERES EN PAGINA/12
21 DE MAYO 1999
AÑO 2 • NUMERO 58





En la punta de la lengua

POR MARTA DILLON

¿Por qué el diccionario dice que la embajadora es la esposa del embajador y no una mujer con un alto cargo en la diplomacia? ¿Por qué para agraviar a alguien parece no haber nada más eficaz que decirle "hijo de puta"? ¿Por qué "hombre público" tiene un sentido bien diferente a "mujer pública"? Porque ningún mandamás o prepotente es más machista que el lenguaje.

La marcha comenzaba su paso lento por la avenida Corrientes. Con el redoblar de tambores, se ensayaban los cantos que le ponen voz a la bronca de la gente que en ese momento protestaba por los decretos que con la firma del presidente Carlos Menem devolvían a la policía el poder de detener a alguien por razones tan variadas que resultaban arbitrarias. Inmigrantes, agrupaciones de Derechos Humanos y representantes de minorías intentaban sentar acuerdos que parecían imposibles. "Hijo de puta", se escuchó cuando alguien más mencionó al Presidente y desde el megáfono alguien apuntó: "Compañeros y compañeras, aprendamos a no discriminar, ser hijo de puta no es un insulto, es un orgullo". La frase despertó cientos de risas irónicas aunque nadie se animó a contradecirla. En esa marcha se estaban defendiendo también los derechos de las trabajadoras del sexo amenazados por la marcha atrás del Código de Convivencia Urbana y los decretos presidenciales. Pero además se estaba descorriendo el velo sobre un tema que muchas veces es considerado menor: el sexismo en el lenguaje. En esa manifestación y en muchas de las que siguieron –el recordatorio del 24 de marzo, por ejemplo–, la aparición de minorías impuso una modalidad que, a pesar de que muchos la consideran vana, nadie discutió. "Vamos compañeros, hay que poner un poco más de huevo", se alternó con "Vamos compañeras, hay que poner un poco más de ovarios". Si la bronca se dirigía a la policía diciendo que "por una pizza reprimís a tu mamá", después se diría a tu "papá". Se cambió el "hijo de puta" por "hijo de yuta" y con una corrección digna de la Unesco –el organismo internacional más comprometido con la eliminación del sexismo en el lenguaje– se mencionó a hombres y mujeres, a los y las inmigrantes, a compañeros y compañeras.

"El problema es que tanto cuidado te deja como amordazada, ¿hay alguna expresión mejor para la bronca que 'la puta que lo parió' o que la 'concha de tu madre'", decía una militante de HIJOS harta del cuestionamiento sobre los cantos tradicionales. Ninguna otra figura podría ser más clara que la mordaza. Los peores insultos en cualquier lengua hacen alusión a partes del cuerpo de la mujer o a la sexualidad femenina. Vivimos dentro del discurso y tal vez por eso, porque todas las construcciones simbólicas refieren a un orden masculino, es que resulta tan arduo pensar en transformarlas. "Los cambios en las representaciones sociales necesitan un cambio en el orden simbólico –dice Gloria Bonder, titular de la cátedra de Estudios de Género de la Universidad de Buenos Aires–. El lenguaje es un dispositivo muy cristalizado que se intenta presentar como eterno natural negando su categoría de producto social permeable a cambios." De hecho, una lengua que no cambia al ritmo de las sociedades, muere, como sucedió con el latín. Sin embargo, modificar el lenguaje es algo que encuentra demasiadas resistencias aun cuando la sociedad reclame palabras propias que designen lo que sucede realmente. La Real Academia Española es una prueba: la suma lentitud con que se registran cambios que hace tiempo se impusieron en el uso hablado, por ejemplo, los que designan en femenino oficios, profesiones o cargos. El cuerpo diplomático sabe de eso. Las embajadoras siguen siendo las esposas de los embajadores y no las titulares del cargo al punto que, en un alarde de esquizofrenia, tienen que llamarse a sí mismas en masculino para evitar confusiones. En el diccionario de la Real Academia todavía se puede encontrar la falta de simetría semántica entre el masculino y el femenino de muchísimos nombres. La "generala" no es la mujer que ejerce el mando sino la mujer *del* general. Mientras que el "asistente" es alguien adscripto al servicio de un superior, "asistenta" es la mujer que hace faenas en la casa como si al único superior que pudiera responder una mujer fuera a otra mujer ¡ama de casa! La lista es interminable y tal vez el ejemplo más claro –y más conocido– es la diferencia entre el "hombre público" y la mujer "pública", que más allá de los cambios en la intertextualidad –si se habla de Graciela Fernández Meijide adjudicándole esa condición nadie la confundiría con una prostituta– siguen develando el valor de lo femenino y lo masculino dentro del lenguaje.

LA PRESENCIA INVISIBLE

"El lenguaje sexista es un ejemplo de la violencia de que han sido objeto las mujeres durante siglos. Es un claro intento de borrarlas del mapa, de invisibilizarlas ¿si no cómo se entiende que hombre quiera decir también mujer cuando se admite su uso genérico?" Lea Fletcher es una norteamericana que se nacionalizó en nuestro país hace casi veinte años. El lenguaje es su tema y llegó a él de la misma manera con que arribó al feminismo, desde su propia experiencia como mujer. "Hice mi doctorado en literatura de habla hispánica en mi país de origen pero cuando llegué a Buenos Aires para completar mi tesis y empecé a escribir en español me di cuenta de que no podía decir lo que quería, me faltaban palabras para nombrar a hombres y mujeres tal como estaban planteadas las cosas." El inglés no es una lengua de género, no existe la necesidad de concordancia con el género gramatical y la mayoría de los plurales no lo delatan. "Para muchas cosas es mucho más fácil, palabras como parents o children son intraducibles porque llegan al español como padres, que anula a las madres, o chicos que invisibiliza a las chicas", dice Fletcher. Lo cierto es que los genéricos masculinos son como un palo en la rueda de quien, queriendo eliminar el sexismo, desee además escribir o hablar con elegancia sin desbarrancarse en el abismo que proponen las barras -ciudadanos/as- y las reiteraciones. Sin embargo, el español es rico en otros términos genéricos que se proponen como herramientas para evitar la discriminación.

La definición de "hombre", según la biblia del español –el diccionario de la Real Academia–, dice en primer término "animal racional" y añade que "bajo esta aceptación se comprende todo el género humano". Claro que enseguida aclara que significa "varón, animal racional de género masculino". O sea que la misma palabra tiene dos significados contradictorios, es genérico y es sólo masculino. A esta altura de las cosas entre hombres y mujeres resulta casi un chascarrillo pretender borrar la diferencia diciendo hombres como sinónimo de humanidad cuando la conciencia alumbra sobre ese término. Sin embargo, es de uso tanto corriente como formal. El Preámbulo de la Constitución nacional, repetido hasta el hartazgo –hasta haber perdido su sentido profundo–, sienta las bases para una sociedad y un país abierto "a todos los hombres de buena voluntad" ¿Y las mujeres? las mujeres venían con los hombres cuando fue redactado ese párrafo fundante de nuestra identidad nacional, casi como parte del equipaje de *los* inmigrantes. ¿O acaso nadie escuchó alguna vez de boca de su profesor o profesora de historia que los inmigrantes llegaron con "sus mujeres y sus niños"?

Cuando fue reformada la Carta Magna en 1994 se presentaron cuatro proyectos para "propiciar en el texto (...) la eliminación de todo vocabulario que transmita estereotipos sexuales con el objetivo de colocar al hombre y a la mujer en el mismo plano, evitando así toda discriminación y sexismo en el lenguaje utilizado". Ninguno de los cuatro proyectos dio resultado. Entonces, como siempre, las prioridades fueron otras y algunas, como la cláusula sobre el aborto que no se pudo incluir, eran mucho más alarmantes.

EL HUEVO O LA GALLINA

"Para acceder a la posición de sujetos, las mujeres tienen que identificarse con la fórmula universal, que es la de lo masculino, y negar por tanto lo específico de su género invalidando la diferencia. Esta diferencia se convierte en aquello de lo que no se puede

BOMBERO servidor público destinado a controlar incendios	**BOMBERA** mujer invertida
HOMBRE PUBLICO el que tiene vida pública reconocida, político	**MUJER PUBLICA** mujer de mala vida, prostituta
SEÑORITO joven acomodado y ocioso	**SEÑORITA** término de cortesía que se aplica a una mujer soltera
EMBAJADOR agente diplomático de primera clase	**EMBAJADORA** mujer del embajador
ASISTENTE adscripto al servicio de un superior	**ASISTENTA** mujer que hace faenas en una casa
GENERAL hombre que ejerce el mando	**GENERALA** mujer del general, mujer autoritaria y de modales bruscos
VERDULERO hombre que vende verduras	**VERDULERA** mujer ordinaria y grosera
FULANO persona indeterminada	**FULANA** prostituta
ALCALDE presidente del ayuntamiento	**ALCALDESA** mujer del alcalde
MUCHACHO SERIO persona trabajadora y responsable	**MUCHACHA SERIA** la que se comporta púdicamente con los hombres
HOMBRE DE GOBIERNO estadista	**MUJER DE GOBIERNO** criada que tiene a su cargo la economía de la casa
DIOS ser sobrenatural creador del universo	**DIOSA** mujer de porte noble y gran belleza

hablar, lo que no se puede mencionar, no en virtud de una imposibilidad metafísica sino como resultado de un interdicto histórico", dice la investigadora italiana Patrizia Violi en su libro *El infinito singular*. Algo que entienden a la perfección las mujeres de negocios cuando escuchan hablar de ellas y de sus colegas masculino como "hombres de negocios" –en este caso el inglés es aún más cerrado ya que la única posibilidad es businessmen– o las bomberas que son las que controlan incendios y no "las mujeres invertidas" según los diccionarios que registran el uso vulgar de esa palabra. De hecho, la mayoría de las comunicaciones públicas –salvando las excepciones de las recetas de cocina, dirigidas casi siempre a mujeres– se refieren a Sres. usuarios, alumnos, ciudadanos, vecinos, etc., etc.

"Habrá quienes piensen que intentar liberar el lenguaje de ciertos usos sexistas equivale a poner la carreta delante de los bueyes ya que el lenguaje refleja los prejuicios sexistas acumulados por generaciones", dice en su introducción el texto preparado por el Servicio de Lenguas y Documentos de la Unesco, para ofrecer recomendaciones que eliminen la discriminación en la palabra escrita o hablada. Este argumento –¿qué es primero, el huevo o la gallina?– es uno de los caballitos de batalla de quienes se oponen a lo que consideran un preciosismo exagerado. Gloria Bonder, como creadora y coordinadora del Programa Nacional de Igualdad de Oportunidades para la Mujer (Priom) lo escuchó más de una vez cuando quiso introducir estas recomendaciones en la Ley Federal de Educación: "Cuando uno sacude la aparente naturalidad del lenguaje y muestra que es un arbitrario cultural que cambia históricamente se produce un quiebre en el orden simbólico que produce una intervención de gran impacto. Colabora a crear conciencia y, más allá del efecto de burla que provoca, cuando decís ¿por qué nos llaman hombres? es una prueba concreta de la discriminación de género." Más allá de la escandalosa renuncia de Bonder y su equipo en 1995 –por la modificación exagerada de un documento sobre la Integración de los Estudios de género a los contenidos básicos curriculares–, ella está convencida de que algo de ese "quiebre en la conciencia" perduró en los documentos públicos, en la Ley Federal de Educación y hasta en la Constitución de la Ciudad de Buenos Aires, aunque parece diluirse en otras urgencias.

"Es cierto que exige un esfuerzo constante eliminar el sexismo. En lo personal me sucede con los ensayos o cada vez que hay que redactar una solicitada o algún documento –opina la poeta (¿o poetisa?) y feminista Hilda Rais– pero no es imposible y sí es necesario. Muchas veces hay una contradicción entre lo que sabemos y lo que queremos decir porque se prioriza el mensaje a la corrección, aunque muchas veces no puedan desligarse." Hilda recuerda el caso de una solicitada en la que se hablaba del niño no nacido, "la aberración de esa figura es tal que pensar si 'niño' invisibiliza a 'niña' era superfluo. De todas maneras creo que con sexismo lingüístico o no las mujeres ya no somos invisibles, pero cuando escucho a Marta Maffei dirigiéndose a un gremio en el que la mayoría son mujeres usando siempre la palabra 'compañeros' siento que somos una presencia invisibilizada". Esta paradoja que se da en el gremio docente a veces adquiere categorías de chiste o aun de adivinanza. Si alguien dice "porque uno siempre está preocupado por el cáncer de mama" ¿quién será el que habla, hombre o mujer?

LAS ARMAS DEL ENEMIGO

En su ensayo *El habla como traducción*, George Steiner entiende que la condición de las mujeres ha sido semejante a la de la infancia. "Ambos grupos han sido mantenidos en una situación de privilegiada inferioridad. Ambos están sometidos a formas innegables de explotación (...). Bajo una presión psicológica o sociológica ambas minorías han llegado a desarrollar todo un código interno de comunicación." Según Steiner, las mujeres tienen un universo lingüístico propio que a la luz del fin de siglo aparece diluido en un mar de cientos de otras diferencias. Aunque ya nadie podría hablar de un lenguaje de mujeres como los que registran los etnolingüistas en algunas civilizaciones más primitivas que distinguían una gramática para uno y otro género o como el que planteaba Julia Kristeva que lo reducía a las experiencias presemióticas –el balbuceo que comparte la madre con sus hijos e hijas y que unos pierden y otras conservan–, todavía es fácil distinguir en la intimidad dos universos distintos. "Casi nadie ha dejado de sentir a lo largo de su vida –opina Steiner– las sólidas y sutiles barreras que la identidad sexual interpone a la comunicación. En el seno mismo de la intimidad –y allí tal vez más que en ningún otro lado– se hace sentir la oposición. El paisaje semántico y los recursos expresivos de hombres y mujeres varían de un lado al otro." Podríamos agregar que varían tanto como las fantasías sexuales de unos y otras, el vocabulario de las mujeres –corriendo el fatal riesgo de la generalización– aparece como más rico, más lleno de adjetivos y palabras dispuestas a la promesa furtiva y disimulada. Los hombres suelen llegar antes –una expresión acertada– al punto. "El sexual es un acto profundamente semántico –continúa Steiner–, al igual que el lenguaje está sujeto a la fuerza configuradora de las convenciones sociales, las reglas de procedimientos y los precedentes acumulados. Hablar y hacer el amor equivale a poner en juego una doble facultad universal: ambas formas de comunicación son inseparables de la fisiología humana y de la evolución social."

Uno de los prejuicios más antiguos sobre las mujeres es el que construyó el estereotipo de la chismosa, de la mujer habladora capaz de hacer de sus palabras una pesadilla insoportable. Tal vez este arquetipo –que se retrata desde las *Sátiras* de Juvenal– fue el contraataque del género masculino cuando las mujeres se apropiaron de una herramienta que era patrimonio exclusivo de los hombres al punto de que en la época de Pericles las mujeres no tenían nombre propio, puesto que, según las palabras del ateniense, "la mayor gloria de una mujer es no tener gloria alguna". Tal vez ese hablar sin pausa que antiguamente se daba sólo entre mujeres haya sido un manto de púas para proteger la vida interior y al mismo tiempo herir al mundo exterior. "Los protegidos y los oprimidos han sobrevivido amparados por sus silencios", concluye Steiner.

> El Preámbulo de la Constitución nacional, repetido hasta el hartazgo –hasta haber perdido su sentido profundo–, sienta las bases para una sociedad y un país abierto "a todos los hombres de buena voluntad". ¿Y las mujeres? Las mujeres venían con los hombres cuando fue redactado ese párrafo fundante de nuestra identidad nacional, casi como parte del equipaje de los inmigrantes. ¿O acaso nadie escuchó alguna vez de boca de su profesor o profesora de historia que los inmigrantes llegaron con "sus mujeres y sus niños"?

La operación de apropiarse de un término beligerante para convertirlo en motivo de orgullo ha sido una constante en las minorías discriminadas –justamente las que propusieron el cambio de reglas en los cantos populares aquí, en nuestra pampas– el término *queer*, por ejemplo, una vieja palabra peyorativa que significaba maricón o raro y fue resignificada a fines de los '80. "Este término es hoy una categoría analítica de compleja definición que implica multiplicidad, abarca lo oprimido y ridiculizado e incluye la sexualidad, el género, la raza y la clase", según Flavio Rapisardi, coordinador del área de estudios Queer de la UBA.

NI COMPROMETIDA NI CASADA NI NADA

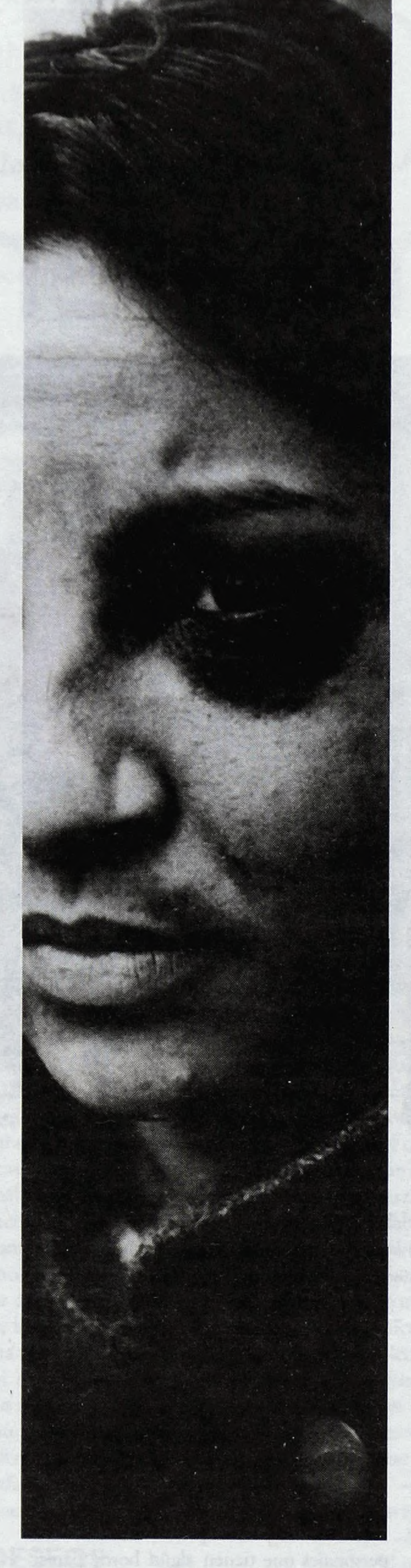
En un despacho de Fempress, la Agencia de Prensa de la mujer latinoamericana, se advierte sobre la forma en que son nombradas las mujeres casadas en Costa Rica, un modelo que aquí se reproduce calcado: "Usan con frecuencia el apellido de sus esposos precedido de la partícula 'de'. Según este tipo de onomástica femenina su status es a préstamo y ellas no dejan de ser como las romanas que describía Moses Finley: 'Los romanos no llamando a las mujeres por su nombre querían transmitir un mensaje: que la mujer no era y no debía ser un individuo, sino sólo fracción pasiva y anónima de un grupo familiar'". Según las recomendaciones de la Unesco la forma correcta sería quitar el "de" del medio ya que es sabido que no hay títulos de propiedad sobre los seres humanos, entonces más allá de que se elija el apellido de soltera o de casada irá seguido del nombre sin más trámites.

Designar a las mujeres según su estado civil es otra de las agresiones que dirige el lenguaje de todos los días hacia el género. Aunque actualmente se use el "señora" o "señorita" para designar una frontera etaria, lo cierto es que los hombres son señores y nada más. Decir señorito no tiene ninguna simetría con señorita; según el diccionario de la Real Academia es un término de cortesía que utiliza el servicio doméstico para dirigirse al señor de la casa y sus hijos o bien "joven acomodado u ocioso". En inglés se zanjó está discusión utilizando una tercera forma entre Mrs. y Miss –señora y señorita–; Ms., un intermedio de fácil pronunciación –en ese idioma–. El español se propone el uso de la abreviatura Sa. para todas las mujeres, cualquiera sea su edad o condición. Pero claro, esto es impronunciable para el habla hispana.

Es imposible analizar dentro de los límites de una nota periodística la cantidad de casos en que la condición femenina y aun el género gramatical femenino es menospreciado dentro del lenguaje –sin ir más lejos la mayoría de los órganos del cuerpo humano tienen género masculino mientras que la *mayoría de las enfermedades* son de género femenino– y es seguro que modificar las estructuras exige un esfuerzo voluntarista que a simple vista resulta engorroso y de difícil resolución. ¿Hay que nombrar cada vez a los maestros y las maestras, los alumnos y las alumnas y así hasta el infinito? ¿Hay que utilizar barras para decir usuarios/as, ciudadanos/as y etc., etc.? ¿Hay una forma peor de tratar un texto? La Fundación Mujeres en Igualdad solucionó este entuerto con la arroba al final. La lectura es igual de complicada y encima la a queda encerrada en la o. El lenguaje es un síntoma, un producto social que transmite experiencias acumuladas de generaciones anteriores y por lo tanto condiciona nuestro pensamiento y determina nuestra visión del mundo. Pero si algo no es, es inmóvil. Todo el tiempo se suman términos, la mayoría proviene de la tecnología y las ciencias exactas, otros son producidos por minorías –algunas virtuales como los jóvenes– para afirmar su identidad y permanecer en el tiempo. Si el sexismo en el lenguaje es un síntoma del sexismo y la discriminación que todavía guarda un largo aliento dentro de la sociedad, pues bien, es posible darle una aspirina mientras se busca una solución más profunda para lograr la igualdad entre hombres y mujeres. Por ahora sería mejor reproducir aquella vieja fórmula que nunca molestó en el mundo del espectáculo: "Señores y señoras, damas y caballeros".

POLITICA

Hablando de SEGURIDAD...



POR DIANA STAUBLI

En este instante una mujer está siendo golpeada por su pareja. Otra está siendo violada. Una niña de tres años es abusada sexualmente por algún miembro de su familia, otra, de doce o menos, es esclavizada para ser prostituida. Y un policía se niega a tomar la denuncia y maltrata nuevamente a la víctima. Y un juez no separa al padre abusador de su hija bajo la excusa de que es necesario "preservar los vínculos familiares". Y los médicos se niegan a asentar en el libro de guardia las lesiones graves de una víctima de violencia doméstica...

Según estadísticas del Ministerio de Justicia, sólo alrededor del 15 por ciento del total de homicidios son cometidos por desconocidos, mientras que el 35 por ciento son cometidos entre padres e hijos, y un 10 por ciento en el marco de la violencia conyugal.

Entonces, ¿de qué seguridad estamos hablando? Ahhhh... Esa, la producida por el modelo económico que condena a morirse de hambre a más de un tercio de la población y que, además, pretendemos que no se queje. "Gente terca esa que no se resigna a morirse silenciosamente..." Claro, ya no hacen cuestionamientos políticos ni revoluciones. La droga ha suplido el pan y el libro de cada día... convenientemente.

Pero, fantaseemos: si el modelo económico fuera otro, ¿cambiaría la situación de las mujeres?

No. Nosotras siempre vivimos en la inseguridad en relación con nuestra integridad física y psicológica. Ayer y hoy, con justicia social o sin ella, tenemos miedo de que hasta el asalto más inocente termine en una violencia mayor que nos marque de por vida, y después estamos expuestas a que un policía o magistrado de la justicia nos pregunte "cómo estábamos vestidas cuando nos abusaron". Cuando a nadie se le ocurriría preguntar por qué al señor que le robaron su super-reloj o su auto de marca prestigiosa andaba por la calle exponiéndolos y de esa forma "provocando" a los adolescentes marginales hasta convertirlos en "asesinos potenciales".

La violencia siempre está ahí, minándonos, paralizándonos. Naturalizada para la mayoría de las mujeres como un karma irreversible.

¿Y el Estado? Bien, gracias.

Salvo algunos (y sólo hablo de algunos) gobiernos municipales, el Estado brilla por su ausencia en la obligación de prevenir, erradicar y sancionar la violencia contra las mujeres. El Estado nacional cuando omite cualquier tipo de acción es también cómplice de estas violaciones, pero no es el único. Provincias como la de Buenos Aires, a partir del gobierno de Duhalde que cerró o quitó presupuesto a las comisarías de las mujeres, cometen así una acción directa contra nuestra seguridad.

A veces me pregunto y les pregunto a los dirigentes y hasta, lamentablemente, a algunas mujeres dirigentas si creen que esta violencia sólo les sucede a "otras" mujeres, a las que se lo "buscan". Después uno se entera de alguna hija víctima de la violencia doméstica, otra asaltada y violada por un taxista, el frustrante trajinar ante la justicia y la falta de lugares de atención para las víctimas.

Y ahí aparece el "yo no me imaginé", "nunca creí", "esto es terrible", "hay que hacer algo", etc., etc.

Pero el algo no es suficiente. Hay que hacer todo.

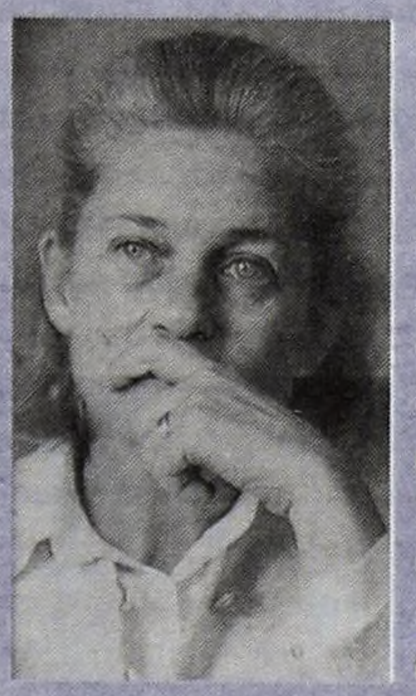
Y es el Estado el que debe hacerse cargo a través de todas sus instituciones para combatir la violencia doméstica y sexual, que con más o menos variantes atraviesa todos los niveles sociales y económicos.

Conozco a una ex golpeada que acompaña a una de sus vecinas y la exhibe ante el juez con los moretones frescos aún, para que se sensibilice y se expida rápidamente sobre la causa. Y el juez lo hace. Claro, ver una víctima en carne y hueso, con su tabique nasal destrozado, los ojos negros de moretones, y con las manos ocupadas sosteniendo a sus hijos, es una imagen muy distinta a la fría letra del expediente. Así, esa imagen casi quebrada, se nos multiplica por cientos en un año y nos lleva a la reflexión de que, en la Argentina, como en cualquier parte del mundo no necesitamos estar en la guerra de Kosovo o en Afganistán para que violen nuestros derechos, la mayoría de las veces no tenemos que salir ni siquiera de nuestras casas•

** Codirectora del Centro Municipal de la Mujer de Vicente López.*

RAMOS GENERALES

OPINIONES CUESTIONABLES



Con 55 años, Elisabeth Badinter carga sobre sus espaldas, por ejemplo, la autoría de *XY identidad masculina*, un libro en que, a la vez que define al femenino como el sexo fuerte debido a las operaciones que debe efectuar la niña para convertirse en mujer, achaca al hombre un trabajo más doloroso en ese mismo proceso –un hombre construye su identidad sólo en base a negaciones: no es niño, ni mujer, ni homosexual–, por lo que se trata de un ser más complejo. Las feministas pusieron el grito en el cielo.

Ahora, en plena negociación para introducir la paridad entre hombres y mujeres en la Constitución francesa, ha vuelto al ruedo: "Es una segregación". ¿Por qué? "La paridad considera que la humanidad está dividida en dos partes: los hombres por un lado y las mujeres por otro, lo que va en contra de la noción republicana de ciudadanía. Introduce el diferencialismo en la Constitución. Para mí supone una regresión". Una posición que le permite salir mucho en los periódicos.

FORZUDAS

"Lo que realmente me enoja es que cada vez que las maestras necesitan que alguien haga algún trabajo pesado, como subir y bajar libros por las escaleras, siempre tenga que ser un varón. No importa cuánto levante mi mano. A mis amigas siempre les digo '¡Levanten su mano, levanten su mano!' Siempre eligen a un varón, aunque ellos no levanten su mano". Indignadísima protesta de Latifa Gaisi, una nena norteamericana de 10 años, en la última revista dominical del *New York Times*, dedicada exclusivamente a las mujeres bajo el título "Mujeres. La historia entre sombras del milenio".

CAMBIOS

El Dr. X era un profesor de química notable graduado en La Sorbona de París, militante del PSOE canario y activista de Unión General de Trabajadores de Tenerife. De un año para otro, exactamente el primer día del curso 1997-1998 se presentó en la Universidad de La Laguna adonde enseñaba vestido de mujer. Poco más tarde y a cambio de dos millones de pesetas, se operaba y comenzaba a utilizar el nombre de Sonia García. En el partido y el sindicato se lo tomaron a mal. Su hijo mayor –tiene dos– dejó de dirigirle la palabra y su mucama se negó a servirlo si él insistía en considerarse su patrona. Pero sus alumnos de la universidad han nombrado a la profesora madrina de la última promoción y una de sus dos ex esposas se ha apiadado: "¡Cuánto debías de quererme para estar tantos años conmigo!", él dijo durante un encuentro ocasional.



LIBRERIA

Soluciones



Desde el momento de haber iniciado su convivencia, Mariane y Dominique sintieron que el rechazo social que había juzgado su relación de pareja desde hacía ya tiempo las presionaba cada vez más. Un buen día, creen descubrir la salida perfecta al leer en el diario el anuncio de Marke, un inmigrante ilegal de origen polaco que ofrece dinero a cambio de un matrimonio de conveniencia para regularizar su situación. A partir de allí, los tres pasan sus horas tejiendo pacientemente los hilos de una nueva relación. Palabra más, palabra menos, tal es la propuesta de Dolores Soler-Espiauba en *La mancha de la mora*, una novela publicada por el Grupo Zeta en la colección Ficcionario.

EL CAMAFEO

Mary la vindicativa



38 años le bastaron a Mary Wollstonecraft para convertirse en una figura paradigmática del movimiento de mujeres. En plena flema británica de fines del siglo XVIII, sus reclamos –un intento de exhibir "la miseria y la opresión, en particular hacia las mujeres, que yacen en las leyes parciales y las costumbres de la sociedad", definía– constituyeron una de las grandes polémicas de la literatura inglesa. Y es que la rabia de su *Vindicación de los Derechos de la Mujer*, publicada en 1792, provocó más de un escándalo entre las damas de bien, acostumbradas a las galanterías masculinas que eran blanco de las invectivas de Wollstonecraft. Tras quedar embarazada de su amante, William Godwin, accedió a casarse sólo para evitar las desventajas financieras que le pronosticaban los escrúpulos de su familia, y dio a luz a Mary Godwin, más conocida como Mary Shelley o la autora de *Frankenstein*.

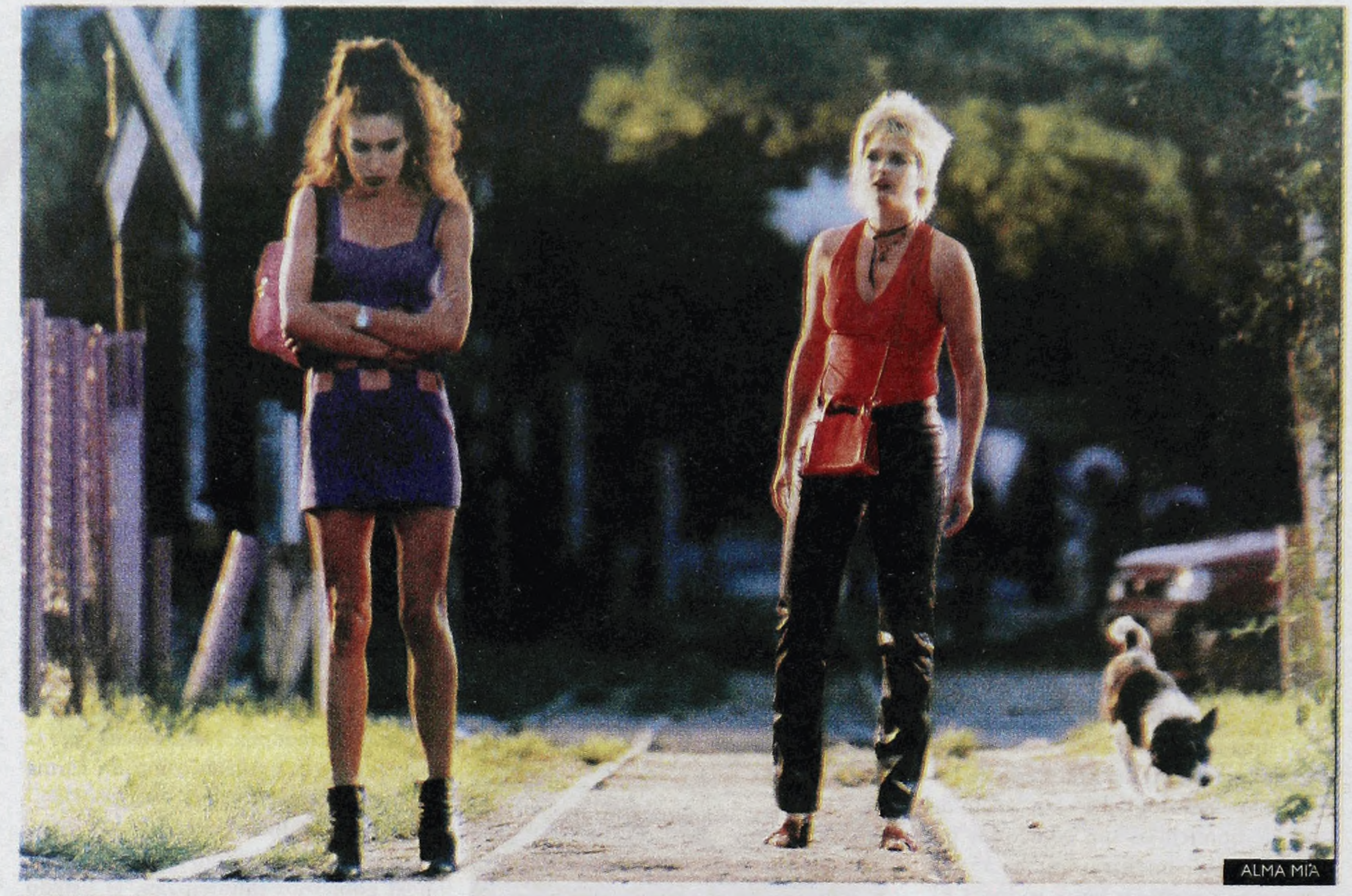
SEÑORAS Y SEÑORAS

Reina de hormigón



Hojear la edición francesa de *Elle* puede deparar sorpresas, como hallar que una argentina "septuagenaria aderezada como un árbol de navidad" comparte cartel con la mismísima reina de Inglaterra y Miucia Prada en una nota sobre las mujeres más ricas del mundo. A las pruebas nos remitimos: "En el panteón de los valores seguros de su país, Amalia (o Amalita) Lacroze de Fortabat es una suerte de gran hombre en ejercicio: menos folklórica que Carlos Gardel, tan rubia como Evita (Perón), recibe en su tríplex de la avenida más cara de Buenos Aires a todos los visitantes destacados que llegan a la capital argentina. (...) También supo prodigar su dinero en buenas causas. La Fundación Fortabat contribuye generosamente con los hospitales, ha permitido crear refugios para niños y realizar operativos de conservación de la fauna y la flora en la Patagonia, y para ayudar a la restauración del patrimonio pictórico nacional".

LA CEJUDA con duende



ALMA MÍA

POR MOIRA SOTO

Caballito profundo, casa de comienzo de siglo reciclada, patio verde donde florecen rosas de pétalos amarillos con bordes rojos, sala de estar muy blanca y despejada con el telón dorado de *Arlés 1888* brillando en una de las paredes. Sobre las repisas, una maravillosa colección de esas bolas de vidrio o plástico, con una figura o paisaje, llenas de un agua que cuando se agitan dejan caer –en unos segundos mágicos– una especie de nievecita. Son los objetos favoritos de Valeria Bertucelli, alias Elvita, alias Fanny, alias Brite.

Una actriz fuera de serie, de a ratos autora (desde los tiempos de las Hermanas Nervio hasta Arlés), ecléctica y desprejuiciada, apreciada en estos momentos por todos los públicos: por el que la vio en el Parakultural o el Rojas, por el que no se pierde "Gasoleros" y el que sale de *Alma mía* hablando de ella o se apresta para ver muy pronto *Silvia Prieto*. Casada con Gabriel Fernández Capello –Vicentico, de Los Fabulosos Cadillacs–, Valeria Bertucelli prefiere el perfil bajo para su vida privada y no parece que la bien ganada popularidad que está consiguiendo vaya a modificar un ápice sus exigencias artísticas o su estilo campechano en el trato personal.

Ahora la tenemos en cartel con dos personajes disímiles: en la TV es Elvita de "Gasoleros", la criadita, medio hija-nieta, medio empleada de Matilde, la madre metiche de Roxy; en cine es la extrovertida prostituta boquense de *Alma mía*. Por si no bastara esta diversidad, muy pronto estará en la pantalla grande como Brite, la promotora de jabón en polvo del mismo nombre en la esperada *Silvia Prieto*.

–¿Todos los personajes se adaptan a tus ya famosas cejas?

–No me las puedo cambiar, me dicen algunos que me las depile. Para *Alma mía*, me lo aconsejaron: que si me las aligeraba se iba a ver más la nariz, pero no puedo contra ellas, che.

–Hablemos entonces de la diversidad camaleónica de tus laburos como actriz. Porque hay muchos intérpretes, incluso valiosos, que dejan su marca personal en los roles: primero se los ve a ellos, después al personaje. No es tu caso, más allá de las cejas, encontrás la manera de convertirte en otra.

–Qué bueno que me digas eso, porque yo siempre trato de lograr esa diversidad. A menudo, me parece que en la tele me dan personajes que tienen algún borde parecido: por ejemplo, en "Carola Casini" esa manera acelerada de hablar de la Gringa. Personajes que me doy cuenta a qué apuestan de mí. Entonces, yo trato de dar eso que me están pidiendo, pero al mismo tiempo ir corriéndome de a poco para no hacer lo mismo, no repetirme. Pero es así: me tengo que correr sin que se dé cuenta el que me llamó para pedirme eso. Por lo cual, para mí es complicado darle forma al personaje y en el momento no advierto si lo estoy haciendo bien. Después, cuando lo veo, puedo opinar con más distancia. El otro día pensaba: es bien diferente Elvita de la prostituta de *Alma mía*, de la promotora de *Silvia Prieto*, de la chica de *1000 Boomerangs*...

–Desde afuera y sin conocerte, me da la impresión de que este trabajo minucioso de construcción de los distintos personajes parte de vos, es un logro personal.

–Sí, es verdad, lo hago sola. E incluso, a veces, en la tele le escabullo a hablar con los autores, algo que en general les encanta a los actores: cuando pasa el autor agarrarlo un ratito para comentar sus personajes. A mí al revés: me da un poco de miedo que me digan demasiadas cosas, prefiero ir yo mostrándoles por dónde quiero ir, y que ellos sobre eso vayan escribiendo. Muchas veces pasa que los autores entienden bien esto, y luego de ver lo que hago con los personajes empiezan a seguir esa pista. Sí, en general, ese trabajo lo hago sola.

BORDANDO PERSONAJES

–Lo tuyo no es habitual. En general los actores de tu edad necesitan el respaldo, la guía, la contención de un director. ¿En qué momento te das cuenta de que podés arreglártelas sola para armar el perfil de tus personajes e incluso enriquecerlos con aportes propios?

–Creo que esto debe tener que ver con que yo empecé haciendo en teatro cosas mías. Empecé a los 18, haciendo números en el Parakultural, con un dúo, las Hermana Nervio, junto a Vanesa Weinberg. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que las actrices, los actores podían ser llamados para algo, que salían a ofrecerse para un trabajo. Yo empecé a estudiar, y eso mismo que hacía en el taller de teatro, lo quería probar en el bar o en el Parakultural. Gustaba, empezaba a funcionar y seguía un tiempo haciéndolo. Mi mecanismo era ése, partiendo de ideas que se me ocurrían en el colectivo, en mi casa o donde fuera. Creo que esos primeros años de trabajar de este modo me marcaron. Tiempo después, a los 22, di una audición en el San Martín.

–¿Cómo se te ocurrió pasar esa prueba, entrar en un universo tan diferente?

–Había estado viviendo un tiempo en París, acababa de volver por una situación muy especial –la muerte de mi viejo– y estaba acá un poco perdida, sin saber si volver o no. Pasé por el San Martín, había una audición, la di y me quedé para hacer *Cyrano de Bergerac*. Ahí tomé por primera vez conciencia de que existían esas pruebas, también me enteré de que un actor podía ir a un casting (yo fui una sola vez). Entonces, tengo esos reflejos, y muchas veces me

Valeria Bertucelli es una actriz fuera de serie, de a ratos autora ecléctica y desprejuiciada, reconocida en estos momentos por todos los públicos: por el que la vio en el Parakultural o el Rojas, por el que no se pierde "Gasoleros" y el que sale de *Alma mía* hablando de ella o se apresta para ver muy pronto *Silvia Prieto*. Como además es una mujer sensata, dice que irse para arriba lo único que le provoca es agradecimiento.

pasa que veo a los actores de la tele preocupados por la continuidad del trabajo, alguno comenta que viene de mucho tiempo sin hacer nada y que eso lleva a una depresión muy grande... Ahí me doy cuenta de que no tengo ese miedo porque para mí, quedarme sin laburo en la tele, sí, va a ser un ajuste económico grosso. Pero no me voy a quedar sin actuar, sé que de alguna forma voy a seguir haciéndolo. De hecho, ahora mismo estoy pensando que en cuanto tenga un hueco quiero reponer con Rosario (Bléfari), *Arlés 1888*, y paralelamente estoy con la cabeza en otras cosas que quiero hacer, una mezcla con títeres...

–¿Fue difícil encarar "Gasoleros", una tira diaria, para vos que venías de una gran libertad de movimientos? ¿Te sirvió el paso intermedio de las novelas semanales?

–Sí, era la primera vez que hacía una tira con todo el prejuicio que quieras. Y me encontré con que no sólo está muy bueno sentirme rodeada de actores de calidad, estar cerca de China Zorrilla, de Mercedes Morán... sino que además podía aprovechar de otra manera el que fuera algo diario, ir agregando al papel una gotita cotidianamente. No hacer la presentación completa del personaje, ¡zas!, aquí está, sino bancarme empezar haciendo casi nada y que se vea durante el año un crecimiento. Los primeros días casi quería decirle a Adrián (Suar): no te asustes que no te doy efecto enseguida, esperame un poquito que ya va a llegar... Porque a veces la tele tiene esto: si no causás efecto inmediato, ya fuiste. Sin duda, para mí tiene sus bemoles tratar de hacer televisión en Pol-Ka con Adrián, donde todo es éxito y responder, pero sin perderme yo, sin abandonar la búsqueda, sin desarrollar algo. Con Elvita me parece que lo voy logrando, ya va cambiando su situación, teniendo experiencias que la modifican. Empezó a rebelarse un cachito y a tratar a Matilde más como "déle, si somos todos de la misma familia".

LO UNDER NO EXCLUYE LA TANADA

–¿De qué manera conviven en vos la actriz under, alternativa o como quieras llamarle, y la intérprete de sabor fuertemente popular que brilla en "Gasoleros" o en *Alma mía*, cercana a la buena comedia italiana de antaño con sus personajes sabrosos, derrochando humanidad?

–Ahora he estado pensando en eso, en este momento que Elvita va creciendo, *Alma mía* está en cartel, llega *Silvia Prieto*... Ir al Festival de Cine Independiente por la película de Martín Rejtman y ver que la gente me reconocía por Elvita, fue como muy bueno que se juntara todo. Es cierto, tengo una vertiente tana: hay escenas con China en que ella me dice "mi chiquita", me abraza, lloramos las dos con mucha emoción: la tanada total, me encanta. Y también me gusta mucho lo otro, hacer *Arlés*, dos pintores en Francia, en otro registro. Sí, tengo esas dos vertientes, y mientras las pueda desarrollar a ambas, buenísimo. Pero tampoco están tan separadas, en algún punto se unen...

–Un aspecto positivamente llamativo de tu Fanny en *Alma mía* es que es la prostituta vecina, amiga de la repostera protagonista, y en ningún momento el personaje está mirado con prejuicio moralizante. Esto en el cine argentino es una rareza, ¿pusiste de tu parte para que Fanny fuese un personaje más, no "la prosti"?

–Sí, quería ese desprejuicio. Fanny es realmente una amiga. Alma hace lo suyo; yo, lo mío... Eso me gustaba, y Araceli (González) pensaba igual: que nos queríamos desde chiquitas y nos respetábamos. Para mí Fanny hace ese trabajo de manera ocasional, para salir del paso, no sabe bien cuál es su camino, pero tampoco tiene un sueño de Cenicienta tipo *Mujer bonita*. Tampoco se come ninguna... Atiendo a unos, me gano la plata, pero no voy a tolerar que mi hermano robe: lo mío es trabajo, lo tengo claro. Y a mi amiga, la ayudo cuando lo necesita, a mi manera. Tengo mi código moral y mis sentimientos. Pablo Echarri y Damián De Santo ayudaron mucho también a esta mirada abierta. Charlamos sobre no hacer toda la parafernalia de que yo era "la" prostituta y los machos se reían...

DESEOS REALIZÁNDOSE

–Estás en un momento de pleno despegue: cada vez más conocida por el público mayoritario, apreciada por la crítica. Seguramente van a subir las ofertas de trabajo y desde luego tu cotización. ¿Cómo sobrellevás el trance?

–¿La verdad? Por primera vez la semana del estreno de *Alma mía* empecé a pensar: quizás ya está pasando algo de lo que yo quería. Como hice las cosas por otro camino –no estudié con Lito Cruz, no me presenté a castings–, tuve un primer momento en que me mantuve al margen; en un segundo momento, por mi conducta anterior, me llamaban de programas cómicos populares a través de los cuales podría haberme hecho famosa, pero no me convencían y dije no, no, no. Después, hubo otro momento en que me querían hacer notas por ser la mujer de Vicentico, nada más que por eso, algo que me dolió en su oportunidad. Volví a decir que no. Seguía con lo mío pero llegué a preguntarme cuál era el camino para hacer las cosas con calidad sin ser la mujer de no sé quién, cómo hacer para que alguien se diese cuenta de que yo daba para más, que hacía tiempo que venía laburando consecuentemente, minuciosamente. Y la semana pasada, como te decía, por primera vez me dije: ahora se nota que hice un camino que fue tomando solidez. Reconocí, yo que siempre me doy bastante duro: estoy contenta. Es chico, pero puede ser el principio de algo. Y también: no estuvo mal cuando dije que no a algo que no me convencía.


SILVIA PRIETO

–¿Qué es lo que te da más placer de actuar?

–Me gusta mucho entrar en estado –sea el que sea: odio, al borde del llanto– y que esto se note. Eso me encanta. Algo parecido a la inspiración, que siento claramente cuando llega. También cuando leo un texto y me doy cuenta de que una palabra me pega para entrar a ese estado. O cuando se me ocurre una idea para hacer una obra, cuando me quedo con una imagen que me lleva a un estado de creación.

–Si no tuvieses más remedio que elegir, ¿el humor, la comedia, la risa, o la tragedia, el melodrama, el llanto?

–Creo que me quedaría con el melodrama, la tragedia, a pesar de que siempre se me ve más como cómica y es lo que me piden en la tele porque da más resultado. Y yo trato de ir un poco hacia el otro lado. Lorca es una buena síntesis para mí: puede hacer la tragedia más fuerte, y por momentos el conventillo total. Hay algo muy profundo en el humor, lo cómico tampoco es pura risa. Con Vanesa Weinberg hacíamos números de reír, pero de mucha sordidez en el trasfondo. En el actor que hace sátira suele haber una observación muy fina, muy aguda para poder hacer de una vivencia algo cómico. De allí al melodrama no hay más que un pasito.

–Ahora que te vas para arriba, ¿vas a tomar alguna precaución para no subirte al caballo?

–De verdad, no creo que me pase eso. A mí me da auténtico placer trabajar. Y también me da mucho gusto que me reconozcan el laburo que hice. Que vos ahora me digas que notás diferencias entre los personajes que hago ya me da verdadera satisfacción. Los otros placeres que tengo son como disfrutar el tiempo libre, estar con mi hijo, me gusta mucho viajar, irme. Todavía no me doy cuenta mucho de esto de la popularidad: en el estreno de *Alma mía* estaba a un costado con mi marido esperando un rato largo que empezara la función. Después supe que mientras tanto los actores en el hall hacían notas de prensa. No es que yo desprecie las notas sobre mi trabajo, si no las busco es porque no me sale, no sé bien cómo conducirme, y ni siquiera tengo una vida nocturna como les gusta a algunas publicaciones... Cuando te empieza a ir bien, te puede pasar como a algunos que venían resentidos y sienten que llegó la hora de la venganza. Otros experimentan un agradecimiento profundo, que es lo que me pasa a mí en estos momentos●

MADRE TIERRA EVANS Y ANDREA COUSILLAS

PAULETTE SELBY

Actualidad

MODA

DEL

POR FELISA PINTO

En Nueva York, París o Londres, las elegantes sofisticadas suelen vestirse con ropa vintage (vieja, pasada de moda), y lucir en estos días verdaderos trofeos rescatados en tiendas de antigüedades especializadas en la moda como arte. Allí encuentran pilchas con etiquetas célebres y con precios acordes a los que dicta el mercado de esa área, orquestado por Sotheby's o Christie's. Por otras razones, también las intelectuales de bolsillos flacos que aman la buena ropa a veces recurren a percheros de ropas usadas en relativo buen estado, para lograr un toque vintage, siempre que tenga buenas telas, factura imaginativa y redondeen un atuendo con gracia, algo de ironía, cuando no una cita literaria. Finalmente, el tercer segmento, las que buscan la ropa para vestirse con imaginación, sin necesariamente estar up to date con la ropa cara del minuto y a precios accesibles para sus bolsillos flaquísimos a la hora de poner al día el ropero.

En Buenos Aires, la compra y venta de ropa usada se acerca más al negocio ropavejero que al coleccionismo. En momentos cumbre de crisis, como el actual, surgen estrategias indumentarias imaginativas. Y las jóvenes que aman la moda son sus principales clientas, pero también están las mayores nostálgicas de las buenas telas y la factura y terminaciones impecables de sus pasadas épocas de esplendor. A unas y otras no les importa estar muy fechada al momento de vestirse. Las más libres recurren al vintage de una manera elegante: jeans como base y chaquetas, tapados o blusas y sweaters de cualquier década pasada siempre que tenga gracia, color o buena forma y básicamente que llame la atención por lo diferente y, desde luego, que el precio sea irrisorio. El objetivo es subrayar la pieza, dándole prestigio de trofeo de la moda y dejando clara su independencia de las tendencias vigentes de la moda oficial. No son las víctimas de la moda típicas, sino víctimas de su pasión por la ropa de autor, aun cuando el mismo sea desconocido, pero que denuncia a alguien que diseñó algo diferente.

Dentro del magma indumentario que se revisa en las tiendas de ropa usada o de segunda mano, no necesariamente usada, se descubren perlas que muchas veces proceden de rezagos de fábricas entre los años 50 y 70, cuando existía y florecía la industria nacional.

CULTORAS DE LA MODA VINTAGE

Madre Tierra Evans y Andrea Cousillas están instaladas en los alrededores de la plaza de Honduras y Serrano, y nunca estuvieron en Nueva York. Sin embargo la clientela que se acerca a su tienda Salamanca asegura que se siente en el Soho neoyorquino. "Le pusimos Salamanca, por el bicho, la salamandra, una especie en extinción, como la moda", explican. Madre Tierra, hija de hippies argentinos, es actriz y Andrea, escultora, devotas, a la vez, del diseño creativo y el vestir diferente. En sus percheros se pueden encontrar, junto a la ropa de los años 50 en adelante (algunos falsos Pucci) y ejemplares de ropa argentina remanente de fábricas cerradas de hombres, mujeres y chicos, sin estrenar. Zapatillas deportivas de buen diseño de brin sanforizado en rojo y blanco, o naranja, Botanguita, por ejemplo, vaqueros Far West, Kansas o Robert Lewis, devenidas piezas favoritas hoy entre los más jóvenes. Como también camperas y pilotos de Aironal, si-



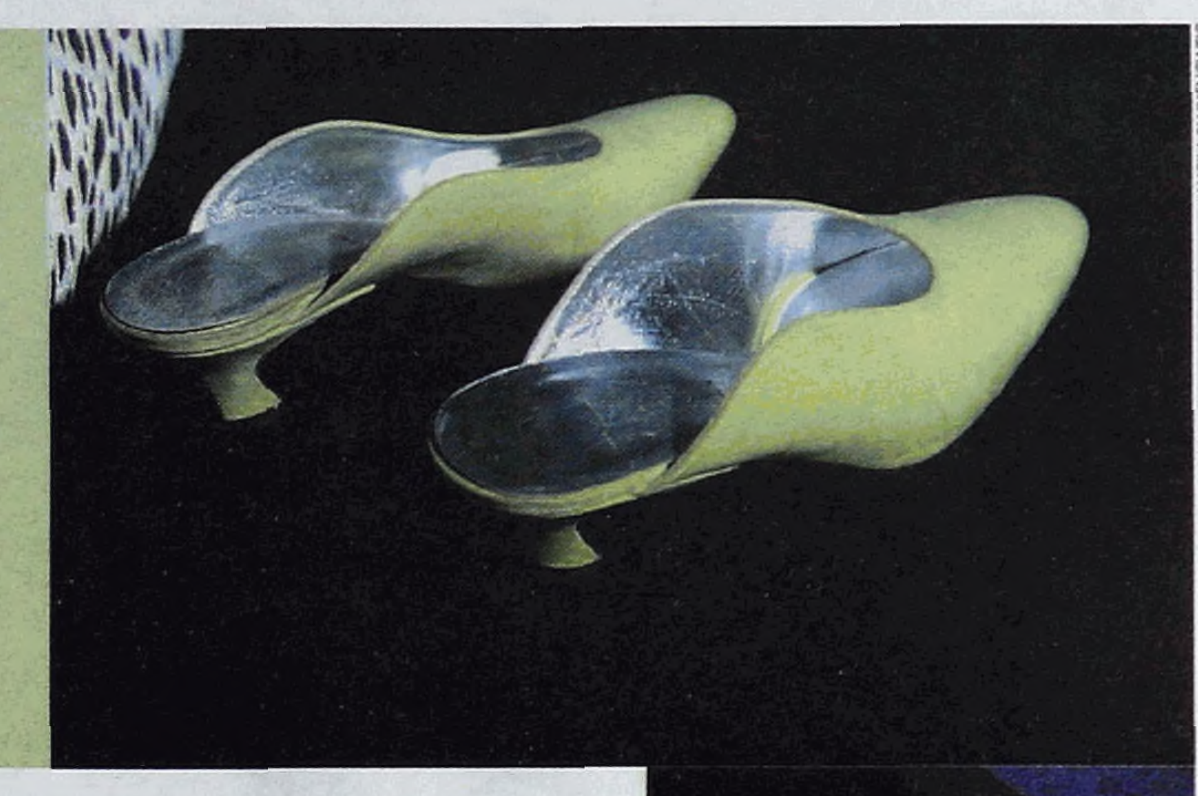
Dentro del magma indu
en las tiendas de rop
segunda mano, n
se descubren perla
proceden de rezagos de
50 y 70, cuand
industria na



MADRE TIERRA EVANS Y ANDREA COUSILLAS

PAULETTE SELBY

Los refinados con bolsillos flacos y los que privilegian la imaginación a la obediencia a los dictados de la última moda, a veces recurren a percheros de ropa vintage (vieja, pasada de moda) en relativo buen estado, siempre que tengan buenas telas y factura impecable para redondear un atuendo con gracia, algo de ironía y hasta una cita literaria.







Actualidad

MODA

DEL AYER

POR FELISA PINTO

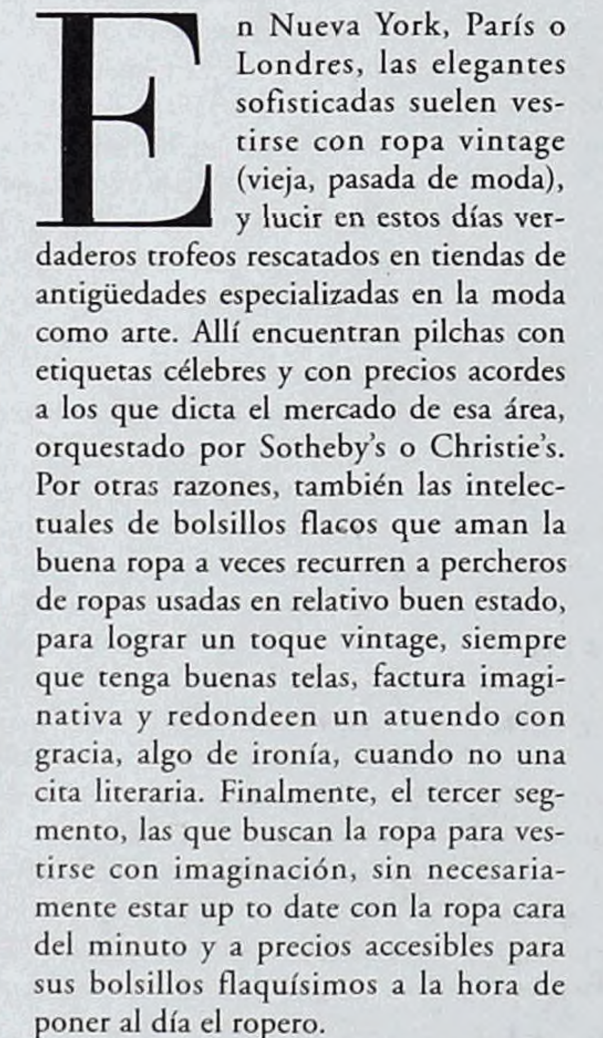
En Nueva York, París o Londres, las elegantes sofisticadas suelen vestirse con ropa vintage (vieja, pasada de moda), y lucir en estos días verdaderos trofeos rescatados en tiendas de antigüedades especializadas en la moda como arte. Allí encuentran pilchas con etiquetas célebres y con precios acordes a los que dicta el mercado de esa área, orquestado por Sotheby's o Christie's. Por otras razones, también las intelectuales de bolsillos flacos que aman la buena ropa a veces recurren a percheros de ropas usadas en relativo buen estado, para lograr un toque vintage, siempre que tenga buenas telas, factura imaginativa y redondeen un atuendo con gracia, algo de ironía, cuando no una cita literaria. Finalmente, el tercer segmento, las que buscan la ropa para vestirse con imaginación, sin necesariamente estar up to date con la ropa cara del minuto y a precios accesibles para sus bolsillos flaquísimos a la hora de poner al día el ropero.

En Buenos Aires, la compra y venta de ropa usada se acerca más al negocio ropavejero que al coleccionismo. En momentos cumbre de crisis, como el actual, surgen estrategias indumentarias imaginativas. Y las jóvenes que aman la moda son sus principales clientas, pero también están las mayores nostálgicas de las buenas telas y la factura y terminaciones impecables de sus pasadas épocas de esplendor. A unas y otras no les importa estar muy fechada al momento de vestirse. Las más libres recurren al vintage de una manera elegante: jeans como base y chaquetas, tapados o blusas y sweaters de cualquier década pasada siempre que tenga gracia, color o buena forma y básicamente que llame la atención por lo diferente y, desde luego, que el precio sea irrisorio. El objetivo es subrayar la pieza, dándole prestigio de trofeo de la moda y dejando clara su independencia de las tendencias vigentes de la moda oficial. No son las víctimas de la moda típicas, sino víctimas de su pasión por la ropa de autor, aun cuando el mismo sea desconocido, pero que denuncia a alguien que diseñó algo diferente.

Dentro del magma indumentario que se revisa en las tiendas de ropa usada o de segunda mano, no necesariamente usada, se descubren perlas que muchas veces proceden de rezagos de fábricas entre los años 50 y 70, cuando existía y florecía la industria nacional.

CULTORAS DE LA MODA VINTAGE

Madre Tierra Evans y Andrea Cousillas están instaladas en los alrededores de la plaza de Honduras y Serrano, y nunca estuvieron en Nueva York. Sin embargo la clientela que se acerca a su tienda Salamanca asegura que se siente en el Soho neoyorquino. "Le pusimos Salamanca, por el bicho, la salamandra, una especie en extinción, como la moda", explican. Madre Tierra, hija de hippies argentinos, es actriz y Andrea, escultora, devotas, a la vez, del diseño creativo y el vestir diferente. En sus percheros se pueden encontrar, junto a la ropa de los años 50 en adelante (algunos falsos Pucci) y ejemplares de ropa argentina remanente de fábricas cerradas de hombres, mujeres y chicos, sin estrenar. Zapatillas deportivas de buen diseño de brin sanforizado en rojo y blanco, o naranja, Botanguita, por ejemplo, vaqueros Far West, Kansas o Robert Lewis, devenidas piezas favoritas hoy entre los más jóvenes. Como también camperas y pilotos de Aironal, similares a las reediciones que Gap vende en el mundo entero. Y pantalones oxford de hombre y mujer cotizados entre 15 y 25 pesos teñidos de colores muy 50 y 60: amarillo, naranja, verde manzana. Otro hit de Salamanca son las guayaberas nuevas o usadas y enaguas de toda procedencia que se venden entre 15 y 35 pesos. Entre los accesorios, se encuentran carteras y bolsos reeditados por ellas, que rescatan de los que las amas de casa de barrio usaban para ir a la feria franca, hechos con parches de cuerina de colores contrastantes, a 25 pesos. En estos días de frío otoñal los percheros de gamulanes y tapados de descarne con cuellos y puños de falsa piel fueron los predilectos. A precios que rondan los 100 pesos o más, según estado. Las camperas que ciñen el cuerpo se cotizan en alrededor de 80, y son otro hit. Le siguen los vestidos de lana de crochet a mano con mangas largas y los vestidos de lana bouclée, de línea evasé, desde 40 pesos. Y a estrenar. En otros percheros se agrupan los elementos para alquiler o venta, para producciones de teatro, TV o cine de épocas diversas. Mientras que en las paredes cuelgan obras de artistas, como exposición. Actualmente, se pueden ver las fotos de Marcos López.





Dentro del magma indumentario que se revisa en las tiendas de ropa usada o de segunda mano, no necesariamente usada, se descubren perlas que muchas veces proceden de rezagos de fábricas entre los años 50 y 70, cuando existía y florecía la industria nacional.

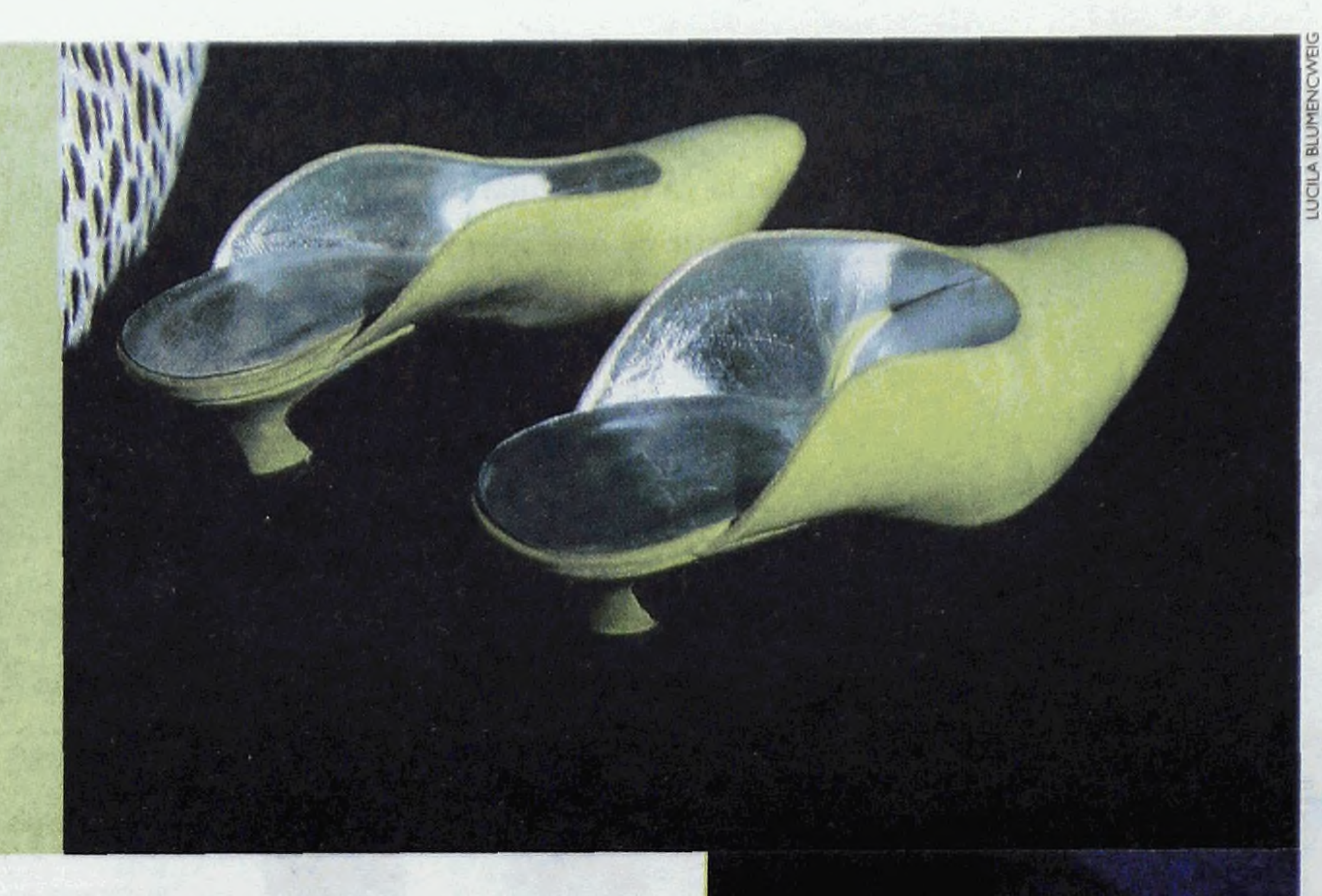
Por su parte, Paulette Selby vende en Barrio Norte, en Juan Pérez, ropa con o sin uso en tres diferentes locales, según el perfil del comprador: moderno loco, según define a los más audaces, en el subsuelo de la Galería Bond Street; clásico y básicos en Marcelo T. de Alvear al 1400, y saldos anónimos en la Galería Quinta Avenida. Selby organiza los percheros según "el bolsillo y el estilo", pero también vende con éxito ropa y zapatos, después del uso de las modelos en pasarelas célebres. Tal el caso de mocasines de terciopelo, de Valeria Leik para Jazmín Chebar a precios menores que en la boutique. Similar a algo que en París suele llamarse tiendas de degriffés. Paulette tiene pasión por la moda, desde hace diez años cuando "creé mi línea Ropa Natural, e introduje los primeros pareos traídos de Bali a Punta del Este. Hoy prefiero vender ropa que hicieron otros, porque ya es imposible fabricar sin problemas", dice Selby. En los percheros de Marcelo T. se descubren viejas glorias de celebradas firmas porteñas: Manuel Lamarca, Graciela Vaccari, Elsa Serrano, La Clocharde, La Solderie, entre otros de los años 60 y 70. Pero también es posible toparse con algún Versace (una túnica metalizada, años 80) a 200 pesos, una chaqueta bolero de terciopelo de Saint Laurent, años 70, corbatas de Hermes desde 40 pesos, o vestiditos de Valentino cotizados según época y estado y un saco-kimono de un buen momento de Kenzo 70-80, de lana gruesa, ideal para usar con jeans, cotizado en 80 pesos. En el rincón de los zapatos se encuentran varios pares de Philippe Model, casi sin usar. Chinelas de raso verde manzana y otros de elástico bicolor, chatos son recomendables.

Unas botas altas de gamuza que la modelo usó para completar un atuendo de falda con crinolina de tafetas verde jade firmada por la boutique Krishna, de Río de Janeiro, se cotizan en 25 y 30 pesos, respectivamente. Paulette, enfundada en un vestido de seda a cuadritos, con etiqueta de Laura Ashley, anticipa a sus clientas que la semana próxima tendrá remanentes de la colección de la temporada pasada de Jazmín Chebar.

Todas las responsables de la moda vintage en Buenos Aires coinciden en que los elementos deben dosificarse de manera tal que el resultado sea estar "producida" y no "superproducida". Toda exageración, en estos casos, resulta fatal. Existe el riesgo de parecer disfrazada•



Los **refinados** con bolsillos flacos y los que privilegian la **imaginación** a la obediencia a los dictados de la última moda, a veces recurren a percheros de ropa **vintage** (**vieja,** pasada de moda) en relativo **buen** estado, siempre que tengan buenas telas y factura impecable para redondear un atuendo con **gracia**, algo de ironía y hasta una cita literaria.



LUCILA BLUMENCWEIG

AYER



...umentario que se revisa ...a **usada** o de ...o necesariamente usada, ...s que muchas veces ... fábricas entre los años ...o existía y florecía la ...acional.

milares a las reediciones que Gap vende en el mundo entero. Y pantalones oxford de hombre y mujer cotizados entre 15 y 25 pesos teñidos de colores muy 50 y 60: amarillo, naranja, verde manzana. Otro hit de Salamanca son las guayaberas nuevas o usadas y enaguas de toda procedencia que se venden entre 15 y 35 pesos. Entre los accesorios, se encuentran carteras y bolsos reeditados por ellas, que rescatan de los que las amas de casa de barrio usaban para ir a la feria franca, hechos con parches de cuerina de colores contrastantes, a 25 pesos. En estos días de frío otoñal los percheros de gamulanes y tapados de descarne con cuellos y puños de falsa piel fueron los predilectos. A precios que rondan los 100 pesos o más, según estado. Las camperas que ciñen el cuerpo se cotizan en alrededor de 80, y son otro hit. Le siguen los vestidos de lana de crochet a mano con mangas largas y los vestidos de lana bouclée, de línea evasé, desde 40 pesos. Y a estrenar. En otros percheros se agrupan los elementos para alquiler o venta, para producciones de teatro, TV o cine de épocas diversas. Mientras que en las paredes cuelgan obras de artistas, como exposición. Actualmente, se pueden ver las fotos de Marcos López.

Por su parte, Paulette Selby vende en Barrio Norte, en Juan Pérez, ropa con o sin uso en tres diferentes locales, según el perfil del comprador: moderno loco, según define a los más audaces, en el subsuelo de la Galería Bond Street; clásico y básicos en Marcelo T. de Alvear al 1400, y saldos anónimos en la Galería Quinta Avenida. Selby organiza los percheros según "el bolsillo y el estilo", pero también vende con éxito ropa y zapatos, después del uso de las modelos en pasarelas célebres. Tal el caso de mocasines de terciopelo, de Valeria Leik para Jazmín Chebar a precios menores que en la boutique. Similar a algo que en París suele llamarse tiendas de degriffés. Paulette tiene pasión por la moda, desde hace diez años cuando "creé mi línea Ropa Natural, e introduje los primeros pareos traídos de Bali a Punta del Este. Hoy prefiero vender ropa que hicieron otros, porque ya es imposible fabricar sin problemas", dice Selby. En los percheros de Marcelo T. se descubren viejas glorias de celebradas firmas porteñas: Manuel Lamarca, Graciela Vaccari, Elsa Serrano, La Clocharde, La Solderie, entre otros de los años 60 y 70. Pero también es posible toparse con algún Versace (una túnica metalizada, años 80) a 200 pesos, una chaqueta bolero de terciopelo de Saint Laurent, años 70, corbatas de Hermes desde 40 pesos, o vestiditos de Valentino cotizados según época y estado y un saco-kimono de un buen momento de Kenzo 70-80, de lana gruesa, ideal para usar con jeans, cotizado en 80 pesos. En el rincón de los zapatos se encuentran varios pares de Philippe Model, casi sin usar. Chinelas de raso verde manzana y otros de elástico bicolor, chatos son recomendables.

Unas botas altas de gamuza que la modelo usó para completar un atuendo de falda con crinolina de tafetas verde jade firmada por la boutique Krishna, de Río de Janeiro, se cotizan en 25 y 30 pesos, respectivamente. Paulette, enfundada en un vestido de seda a cuadritos, con etiqueta de Laura Ashley, anticipa a sus clientas que la semana próxima tendrá remanentes de la colección de la temporada pasada de Jazmín Chebar.

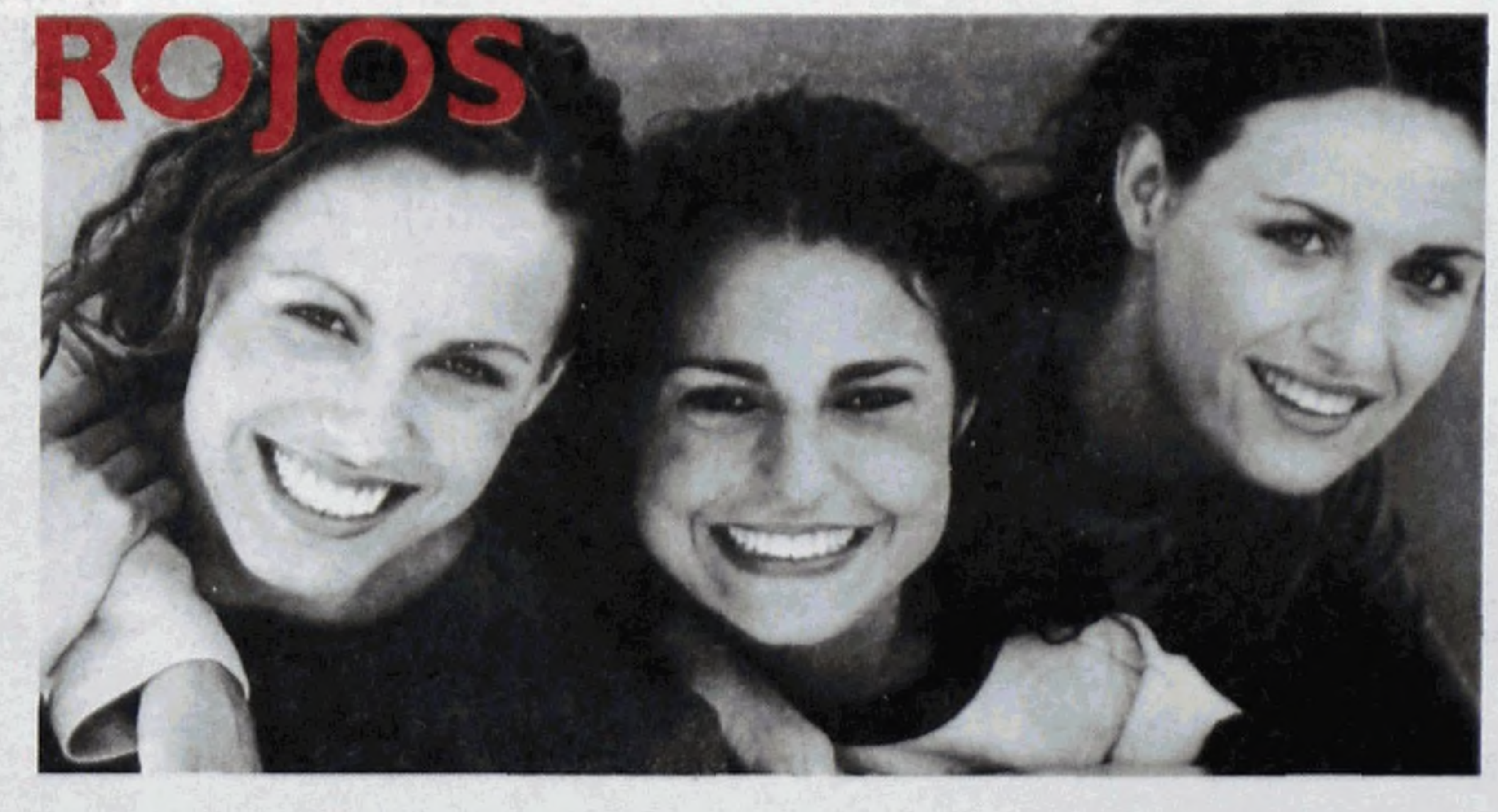
Todas las responsables de la moda vintage en Buenos Aires coinciden en que los elementos deben dosificarse de manera tal que el resultado sea estar "producida" y no "superproducida". Toda exageración, en estos casos, resulta fatal. Existe el riesgo de parecer disfrazada•



Lo NUEVO
lo raro
LO UTIL

STICKERS ROJOS

En la ya tradicional tienda Yagmour, a partir de este mes y por un tiempo limitado, las clientas podrán encontrar stickers rojos en algunas prendas que tienen un 20 % de descuento. Además, creó el Club Clientes, mediante tarjetas en las que se podrán acumular puntos y participar de sorteos mensuales de órdenes de compra.





Panza a medida



TriFil sigue apostando a sus modelos de medias "con atributos", que permiten a las mujeres que las lleven a modificar sus figuras. Pancita Plana y Cintura Baja son las novedades. La primera es una media sin brillo y transparente que posee una bombacha especial para modelar el abdomen, trabajada en lycra reforzada. La segunda, pensada para usar con polleras y pantalones de tiro bajo, tiene una banda elástica ancha a la altura del abdomen y evita que la cintura de la media sobresalga.



Piel de BEBE

Nivea Baby relanza su emulsión para bebés, que contiene ingredientes naturales que humectan la piel ultrasensible. Los productos son hipoalergénicos y de fácil aplicación diaria. También evita y alivia el resecamiento causado por el sol, incluso el del invierno.

RON

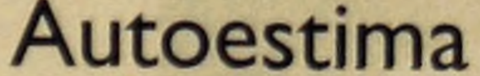
Pernod Ricard Argentina lanza al mercado su nuevo producto, Havana Club Añejo reserva. Fue creado por don Pablo Navarro, el especialista más importante de Cuba, y su equipo de maestros roneros. Se aconseja tomarlo sólo en una copa chica o con un cubo de hielo, y cinco minutos después de haberlo servido.



El acné es una inflamación de la piel caracterizada por esas erupciones cutáneas que causan la desesperación de muchos adolescentes, y que suele ser más frecuente en los varones. Avon lanzó la nueva fórmula de su línea Clear Skin para dar tratamiento a los poros abiertos y las impurezas de la piel muy grasa. Hay lociones de limpieza, tónicos astringentes, geles humectantes y mascarillas.



Acné





Lentes de contacto Focus TORIC

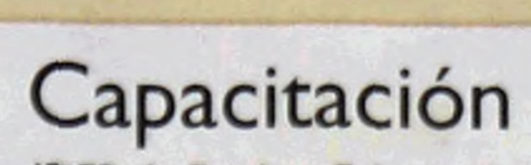
ASTIGMATISMO

El astigmatismo, tan frecuente en la consulta oftalmológica, ahora puede corregirse con lentes de contacto blandos de reemplazo programado mensual. Focus Toric son por ahora los únicos en el mercado local. Se puede consultar en el 0-800-777-36287.

Autoestima

LA DIRECCIÓN DE ACCIÓN SOCIAL DE LA MUNICIPALIDAD DE TIGRE SIGUE CON LA REALIZACIÓN DE LOS TALLERES DE AUTOESTIMA PARA MUJERES. TIENDEN AL FORTALECIMIENTO DEL LUGAR QUE OCUPAN ELLAS EN LAS PAREJAS, Y A REFLEXIONAR SOBRE MITOS Y PREJUICIOS DEL AMOR ROMÁNTICO. LAS JORNADAS SE LLEVAN A CABO TODOS LOS VIERNES DESDE LAS 14 A LAS 15.30. SON GRATUITAS. INFORMES EN EL 4512-4483/85.

Capacitación



El Centro IDEB de Esteban Echeverría organizó para el miércoles 26 de mayo un curso gratuito sobre "Capacitación y asistencia técnica para microempresas". El encuentro se realizará en convenio con la Subsecretaría de Microempresas del Ministerio de la Producción bonaerense. Se dictarán las clases los lunes y los viernes, durante dos meses, en E. Santamarina 220, Monte Grande.

Gestalt



Los días 12, 13 y 14 de junio la Asociación Gestáltica de Buenos Aires organiza su segundo Congreso Nacional en el Centro Armenia (Armenia 1322), con el lema "Vértigo, cambio y humanización en el mundo globalizado". Propone reflexionar, pensar y debatir temas emergentes de la realidad social de fin de siglo. Cuáles son los miedos modernos, la problemática adolescente, enfermedades psicosomáticas o el deseo ausente son algunos temas a tratar. Informes, en el 4772-9865.

YOGA

Susana Agüero da clases individuales o grupales de yoga, siguiendo las enseñanzas de Indra Devi. Relación mente-cuerpo, movimientos con respiración que estiran los músculos y masajean los órganos internos, relajación. Informes en el 4811-3807.

Castaneda

Tensegridad es el nombre que recibe el conocimiento y la práctica de los "pases mágicos" que el antropólogo Carlos Castaneda aprendió de los chamanes mexicanos. El 12 de junio se realizará un seminario llamado "El lado activo del infinito. La vista desde el cuerpo izquierdo", coordinado por discípulos de Castaneda que ya dictaron parte de este seminario en Boston y Barcelona. Informes en NAUTA: 4334-1977 o en 4331-7722.


LUCILA BLUMENCWEIG

LUGARES

La edad Ideal

POR S. CH

Antaño la confitería La Ideal era un reducto para señoras mayores que tomaban té y, de paso, buscaban un candidato con aspecto de caballero entre las mesitas con tapa de mármol. Hoy, los domingos a la tarde, se convierte en un bailongo para la tercera edad que incluye masas, chismes, y también algún levante ¡Qué ingenuos son los que consideran esta rutina como la de un geriátrico en un día de fiesta!

La Ideal ya no es lo que era. Un domingo a la tarde –antes cálido y tranquilo lugar para tomar el té y charlar– devino en un dancing de la tercera edad. Algunas de las más jóvenes –cerca de 50–, queriendo parecer ajenas al jolgorio, lo definen con displicencia como un geriátrico en día de fiesta. Pero es que los viejos se desataron. Los gerontólogos hablan de la cuarta edad y con razón. Los que van de los 60 y pico a los 80 y pico no se sienten viejos, no todos al menos. Copian los códigos de la juventud; deambulan por Buenos Aires buscando los mejores lugares para el tango, la cumbia, o el antiguo repertorio español; toman sin descaro las pistas, y si no existen, las dibujan con los pies.

La Ideal cambió hace unos cuatro años. Siempre habían tenido un músico, pero un día alguien pensó en traer una cantante, una chica que además de convocar a la nostalgia con las letras de las canciones, los animó a la pachanga. Así empezaron, y todos "culpan" del jolgorio continuado a un grupo de unas diez mujeres que ocupan la mesa a la izquierda del organista. Algunas son más jóvenes que el promedio; otras lo superan ampliamente pero se autodenominan jóvenes de espíritu. Ellas salieron hace dos años a juntar firmas para que el edificio fuera declarado monumento histórico y son las que impulsan el baile en el rectángulo reducido que hay entre el músico y las mesas. Cuando ese espacio les queda chico, siguen en el hall de adelante. Si entonces pasara alguien por la calle, vería la entrada tomada por arrebatados bailarines. La Ideal ya no es lo que era, pero bienvenido sea en lo que se convirtió. Gustavo, el español cansino que está a cargo de la confitería desde hace casi cincuenta años, mira como quien juega una partida entregado a ganar o perder. "Esta siempre fue una confitería de gente mayor, pero lo del baile en la planta baja es nuevo. Cuando vino la cantante, las motivó y ahora el músico tiene que seguirlas." Son las siete y cerca del órgano las "muchachas" se arrebolan. Corean las canciones, "el que tenga un amor, que lo cuide, que lo cuide...", hacen palmas y aplauden. Cuando el músico exhausto, y tan añejo como ellas, hace intervalos, se acercan a pedirle que siga, hambrientas de más adrenalina.

¿TERCERA EDAD?

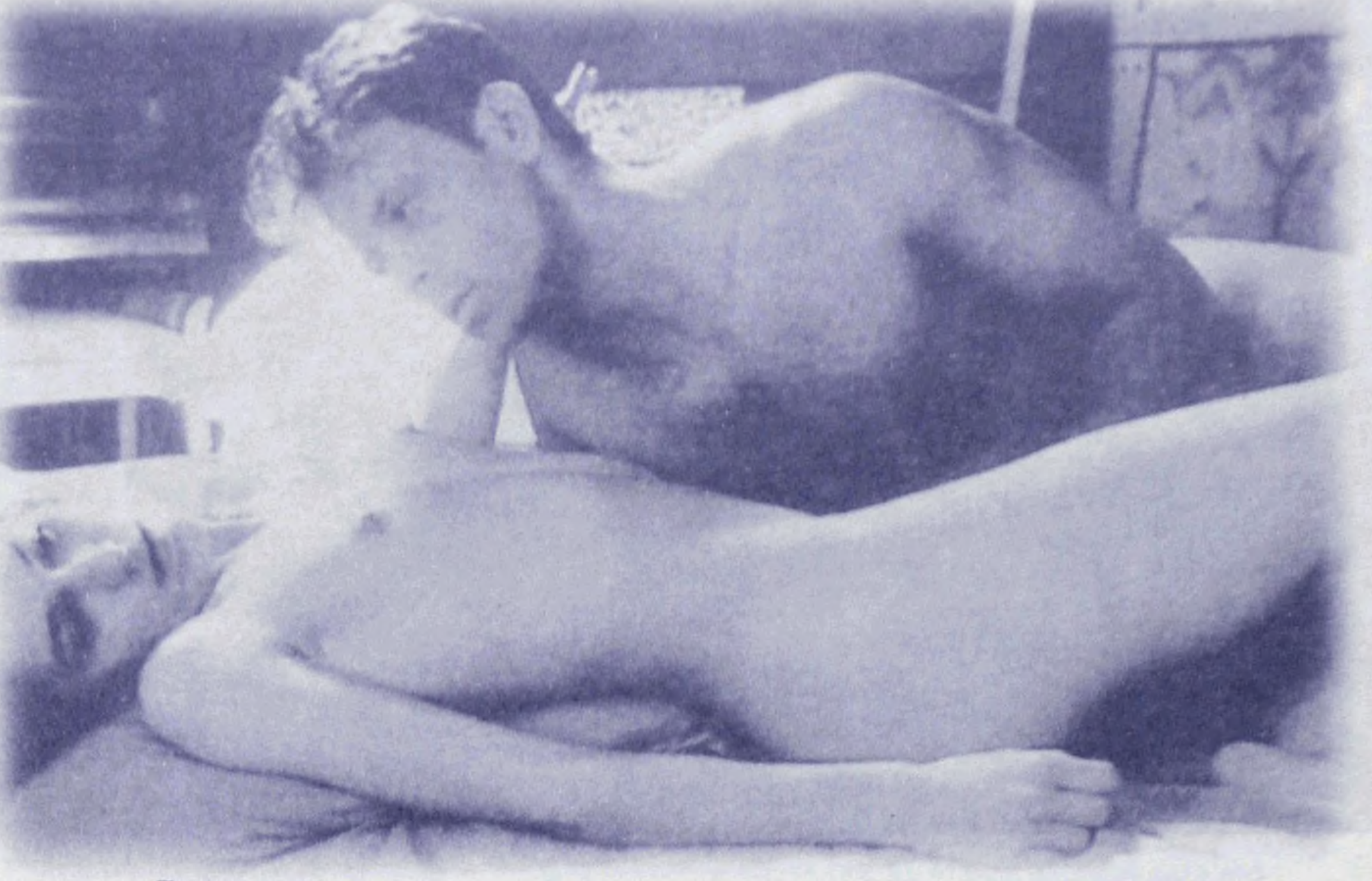
Los hombres se quejan porque "las mujeres bailan entre ellas". Pero si son mayoría, por cada uno debe haber diez mujeres, y ellos van en general solos, se sientan, pispean y después se arriman a sacar a alguna. O a ellas las asesoran las nietas o se subieron al tren de la iniciativa propia que para las más jóvenes es casi cotidianidad pura. Estas mismas damas que hace 40 años venían a La Ideal "a buscar candi" (entiéndase candidato), como ellas mismas cuentan, y mantenían las formas con miradas disimuladas, mohínes, sonrisitas cómplices y gestos refinados, hoy dejaron atrás la forma por el contenido. Y lo que está dentro del envase es búsqueda del goce.

Clotilde baila abrazada a una de sus amigas. Lleva una remera roja brillante de mangas largas y un collar de perlas simuladas. El peinado es normal, como lo llevaría cualquier señora de 76 años, pero lo que la distingue es la sonrisa, no puede contenerla. Charla con la pareja de al lado, con el hombre sentado solo detrás de la mesa donde toma el té con sus dos amigas, que se reconocen aplacadas ante el "huracán Clota". "Yo venía seguido cuando tenía 30 más o menos, porque sacabas unos candidatos machazos. En aquella época había muchos más hombres que ahora, ¡y qué hombres!", dice Clotilde acercándose al micrófono. Monopoliza la charla, sus amigas sólo encajan alguna oración cortés o correcta, pero la embanderada de las incorrecciones es ella. Fue siempre así, pero qué tino quien vislumbra que después de cierta edad lo correcto no sirve para nada. Si lo lógico es cuestionar la "normalidad" desde el primer momento de raciocinio, cuánto más sentido tiene cerca de la hora final. Algo de ese aire se respira en La Ideal. "Ahora no venimos a buscar hombres, no, dejame –continúa riéndose–. A mí me acompaña mucho mi carácter, soy alegre por naturaleza, vivo sola, soy soltera pero tengo mi nono a la vuelta de casa. Sin embargo, yo creía que los hombres, ahora que están más viejos, estarían más a mano, dispuestos a acercarse a una mujer, a invitarla, a halagarla con algo. Pero vos viste que no, es todo lo contrario. Hoy hasta ellos se han puesto tan positivos y exigentes... quizá piensan que venimos a buscar otra cosa y no es así."

Unas mesas detrás de ellas está sentado un caballero con cara de pícaro. Traje gris, bigote finito, físico atlético, mirada de gato en tiempo de caza. Es José, que miente la edad diciendo que tiene sesenta y pico y después muestra el documento que atestigua 71. Hace bien en mentir, parece de 50. Se separó hace 5 años, después de 30 de matrimonio. "¿Buscar pareja acá?" se ríe, "yo soy como el refrán: me quemé con leche, veo la vaca y lloro". Dice que es excelente bailarín, sobre todo de cumbia, y que el secreto de su aspecto joven es haber hecho mucho deporte, trabajar poco y divertirse mucho. "Acá hay muchas mujeres, pero dentro de lo viejo que soy me gusta la gente joven, y acá no la encuentro. Pero vengo porque es un lugar familiar, no como otros bailes, que son medio arrabaleros." Es difícil escucharse. Los que están cerca del organista completan la melodía en un coro gritado: "Amor como el nuestro es un martirio, que se lleva en el alma hasta la muerte...". Cuando termina viene el eufórico aplauso general. Empiezan las canciones españolas, los huesos viejos recuperan la alegría, las parejas cambian, se rozan, hacen bromas. Parecen felices.

AMOR DE OTOÑO

Algunos no bailan. Miran, disfrutan del desborde ajeno y la charla propia. A una distancia prudencial de los parlantes, como para escuchar y ver, pero a la vez conversar, hay una pareja, Dolores y Tuco, entretenidos en sus mutuos relatos. "Somos consuegros" responden ante la pregunta evidente. Demasiada cercanía para dos amigos de esa edad –él más de 80 y ella menos de 80, así lo deciden, sin precisiones–, y también demasiada compenetración para una pareja. Cuentan que enviudaron los dos hace unos diez años y los nietos los instaron a salir juntos. Y lo hicieron. "El tema excluyente son los nietos" aclaran, pero después pasan al racconto de las salidas de cada uno: charlas de tercera edad, conferencias, conciertos. Antes iban al Colón y al cine, pero ahora cada uno se mueve más dentro de su barrio, sobre todo él, que es de Belgrano. Hablan y la complicidad aumenta, se evidencia. Una última pregunta y seguirán tomando su té: "¿Son pareja o no?" Ríen los dos. La respuesta es sí, pero nuevamente sin precisiones. No viven juntos porque –versión Dolores– ella va y viene y no tiene ganas de acomodarse a horarios ajenos, y él es muy metódico. Versión Tuco: "Uno no quiere ser una carga para nadie". Pero hablan todas las noches por teléfono, se ven también los jueves, y el sexo no les es ajeno, porque además se los recomienda el sexólogo en las charlas de tercera edad. Ella dice sin que se le suban los colores que "él es muy erótico", y él responde con una risa aguda tímida, casi femenina. No bailan, no porque no les guste, sino porque "si hay uno que no puede acompañar los pasos del otro porque ya no está tan bien, entonces se hace complicado". Ella lo mira con ternura, desde una vejez abundante de lucidez•



Porno METAFÍSICO

POR SOLEDAD VALLEJOS



La directora cinematográfica francesa Catherine Breillat desató un escándalo con su última película, en la que uno de los protagonistas es Rocco Siffredi, un porno star italiano y en la que abunda el sexo explícito. Ella se defiende diciendo que no es la obscenidad lo que le interesa, sino la vergüenza que provoca lo obsceno.

Ella: Catherine Breillat, cineasta francesa en algún momento feminista, adora que los escándalos nazcan a su vera.

El: Rocco Siffredi, actor italiano devenido estrella porno gracias a la generosidad con que la madre naturaleza diseñó su anatomía, no reniega de su especialidad pero ve con buenos ojos el cine sin calificaciones pobladas de X.

El lugar: Francia. (Para mayores datos, cines y cualquier ámbito cercano con espacio para los debates)

Bastaron estos tres factores para desatar una tormenta de voces, indignadas y de las otras, alrededor de *Romance*, la película en la que Breillat narra la historia de Marie, una mujer enamorada de un hombre que la ama pero no la desea y que encuentra en el sexo con desconocidos el mejor remedio para su ego convaleciente. Simple, de acuerdo, relativamente usual en cierto tipo de cine. Pero el toque decisivo para que el film se convirtiera en una gran estrategia de prensa consiste en el aspecto visual, en su acepción más pura: en una obra que no se asume como pornográfica, las escenas de sexo son explícitas, y la narración no disimula su mirada femenina en ningún momento.

GÉNESIS

Cuenta la historia que, para su última obra, Breillat buscaba un actor que no tuviera pudor en hacer "de verdad" el amor en la pantalla –hablar de "la pantalla" involucra camarógrafo, técnicos de sonido, maquilladores, iluminadores, asistentes, director... es decir, es necesaria mucha concentración para desnudar el placer frente a tamaña troupe–. El casting pasaba sin pena ni gloria para unos cuantos señores con tanta trayectoria profesional como pudor, hasta que Breillat descubrió casi de casualidad a un italiano con aires de semental y falo de medidas asombrosas –¿24 cm de largo y 16 de circunferencia dicen algo?– que reina sobre las tierras del porno desde hace ya unos cuantos años –un star ignoto por estas tierras pero familiar para los seguidores vernáculos de las novelas gráficas del historietista gay Ralph Koënig–. Sólo encontrarse fue suficiente para que se encendieran las chispas que transformaron a Rocco en el salvador espiritual de Marie, una mujer a quien su amado Paul confiesa que la ama pero que no, gracias, que prefiere no tener sexo con ella sencillamente porque no le interesa. Insatisfecha y herida en su amor propio, Marie decide continuar la relación con su amante espiritual pero no desatender sus propios deseos carnales. Y se lanza a la cacería de hombres, con la omnipresente premisa de que cuantos más y más variados –y más hard– mejor. Resultado: el film fue calificado con una X, causó un revuelo poco común y la prensa inundó sus páginas de opiniones de psicólogos, cineastas y reportajes a Breillat y a Rocco en un intento de apagar el fuego.

DEL TABÚ Y LOS ESPEJOS

Calificación oficial y escándalo mediante, Breillat reniega de tildar a su obra como pornográfica. ¿Las razones? "El film porno usa la obscenidad como un lenguaje de deseo vergonzoso. A mí lo que me interesa es justamente la vergüenza vehiculizada por esa obscenidad. La pregunta que planteo en el film es: '¿Por qué esta vergüenza?'". De allí, que haya decidido no suprimir penetraciones ni detalles íntimos de la anatomía de los personajes: si es la intención la que carga a la imagen de sentido –para el caso, lo nutre de significados cuestionados a la luz del día pero consumidos en grandes cantidades puerta adentro, o al menos las suficientes para mantener vivo el circuito–, ¿por qué la historia de una mujer que lucha por sobreponerse a la humillación habría de ser "indecente"? Tras esta lucha de poderes inscripta, en el fondo, en la más rancia discusión semiótica, yace, además, el leimotiv que guió a la realizadora durante la filmación. "Filmar al ser humano en tren de morir: filmar un hombre y una mujer, o bien un hombre y un hombre, o bien una mujer y una mujer, o bien un ser humano y un animal manteniendo relaciones sexuales". Y es que tal parece que las escenas de sexo involucran experiencias extremas, cercanas al S/M y alrededores, pero reales, porque en *Romance* no había lugar para simulación alguna. Se trata, insiste Breillat, de sentimientos entre los personajes, las escenas sexuales son sólo una parte necesaria en la historia ficcional que vive fragmentariamente en el set. "En el X no hay más que cuerpos sin alma. Es la puta y no la virgen. Allí, las mujeres son mostradas bajo una lente trivial. Cuando una mujer enamorada hace el amor, no tiene la cara de las mujeres que vemos en el porno. Esa mujer ubica el acto sexual en una esfera que toca lo metafísico y lo sagrado. Las mujeres tienen, desde mi punto de vista, un disfrute trascendental. Es suficiente ver los rostros de las actrices para comprender. Dado que me vuelco sobre las escenas escabrosas, me pego a sus traseros para esperar el momento en el que, dejando de ser actrices que hacen una escena de sex-shop, se abandonan a la puesta en escena. Es esto lo que llamo el pasaje del tabú." Rupturas, eso es.

Hay algo que suele teñir las historias elaboradas por Breillat: la preferencia de las mujeres por involucrarse en experiencias límite, esas en las que el sexo hipnotiza al peligro. O se deja hipnotizar hasta desfallecer. La relación es simple: "La sexualidad femenina es en sí misma una experiencia iniciática. Eso que se dice sobre que un hombre posee a una mujer es falso. Cuando Rocco interpreta de verdad, es él, el semental de sementales, quien deja de existir. Ella se evade hacia un más allá metafísico. El no. La esencia de las mujeres es ésa. Son el sexo fuerte. Todos los discursos sobre el tema son erróneos. Las religiones no han podido soportar que las mujeres posean en ellas, a través de su sexualidad, esta experiencia de lo sagrado. El monoteísmo ha virilizado la imagen de Dios". Ella, entonces, está decidida a desarticular esa perversión –en el sentido etimológico, claro– masculina del poderío, y las películas son su mejor arma. "Es un espejo que reenvío a los hombres. Las mujeres son víctimas de los hombres. Y como ellas los aman, terminan por amar el rol de víctimas. Los hombres se ubican demasiado seguido en dominadores. Disocian a su mujer, la madre de su hijo, de las otras, sus maestras. No hay un momento del reencuentro en el que lleguen a asociar el deseo y el amor cortés. Además, nos aman pero como a los muertos. Carnalmente, nos detestan y nos matan. ¡Y cuando tienen problemas de erección –algo corriente en extremo–, debemos decir que no es grave!"

Marta Lambertini es compositora clásica. Eligió no casarse y no tener hijos para disfrutar, hoy, de todo el tiempo necesario que le demanda la música. Sobre Galileo y Antígona ya hizo obras sinfónicas, pero son dos de los personajes que siguen inspirándola.



TAMARA PINCO

PERFILES

LA MUSICA EN LA CABEZA

POR SANDRA CHAHER

Como una perla atrapada por su ostra, lo mejor no viene fácil. Pero cuando lo hace, aunque sea en los últimos diez minutos de entrevista, el periodista sabe que se está llevando la antorcha con el fuego sagrado. Que ese ser que parecía cerrado tenía en verdad grietas, facetas, que se develan de a poco, sin prisa. Las respuestas abren las puertas que uno pide pero no son guías hacia los pasadizos secretos. Para eso está uno, se supone, aunque no siempre se alcance el centro perlado. El secreto de Marta es su imaginación: serpentinas de ideas fantásticas, ingenuas, absurdas que ella resume en lo cómico y lo cósmico. "Son dos aspectos que me tientan mucho y alrededor de los que trabajo en muchas de mis obras. La ópera que más me gusta de las que hice, por ejemplo, es *Alicia en el país de las maravillas*, tan absurda que me encanta –y en la cara aparece una risa infantil que le quita la mitad de los 61 años que tiene–. Y tengo dos sueños: Galileo y Antígona, con los dos ya hice obras sinfónicas, pero siento que no terminé. Con Galileo tengo escritas varias cosas vinculadas a las estrellas y a la posibilidad de observar el cielo, que armarían una ópera. Y con Antígona, no sé, siempre estuvo en mí, y después de la muerte de mi hermano me sentí muy identificada con su rebeldía e impotencia ante la muerte."

La señora de pantalón y chaqueta azul, camisa blanca, pelo corto y anteojos que pone y quita, a cuya perla se accede previo paso por una pedagógica y solicitada clase de composición musical, es Marta Lambertini, la mejor compositora clásica contemporánea que tiene en este momento el país, dicen algunos colegas que saben. Ella sonríe, no es tímida y no rechaza el halago, más bien lo agradece sin dejar de mencionar que tiene suerte, porque a diferencia de otros compositores ella recibe encargos y ninguna de sus obras –sinfónica, lírica, de cámara– no fue estrenada. De todas maneras, aclara, "si bien logré esto porque estoy en un cierto estadio de mi carrera, no podría vivir de la composición. Todos sabemos, desde que somos estudiantes, que vamos a tener que complementar con otras cosas, que en la mayoría de los casos es la docencia". Y en el suyo hay un plus: es la decana de la Facultad de Arte y Ciencias Musicales de la Universidad Católica Argentina, el único lugar en Capital Federal donde se estudia composición musical.

La oficina en la que pasa las tardes está en la planta baja del último de los docks que la UCA recicló en Puerto Madero, el edificio San Alberto Magno. En una pared, la escenografía de una de sus óperas, y a su derecha la computadora en la que sobre los pentagramas virtuales ella inventa y disuelve notas también ilusorias que la imaginación de un chico llamaría probablemente arañitas. Es atractivo crearlas, correrlas, cambiarlas, quizá por eso no le costó pasar del dibujo a mano a la composición en pantalla. "Lo único que me molesta es que no suena muy bien, sobre todo las cuerdas, los vientos quizá un poco mejor. Pero es mucho más cómodo." Ahora tiene en pantalla una obra sinfónica para una orquesta alemana y otra para clarinete, también para Alemania. "Acá me cuesta componer, a cada rato tengo que atender temas de la carrera, así que uso los fines de semana. Y además, es un proceso lento. Una sinfónica me puede llevar tres o cuatro meses intensos, y una ópera mucho más, aunque *Alicia*... la escribí muy rápido, hacía quince años que la venía pensando."

Compone los fines de semana. ¿Eso quiere decir que esta señora no tiene marido y nietos para malcriar? No, y por elección. "Tuve un noviazgo larguísimo y después otros, pero no me veía casada, haciéndome cargo de una casa. Me gustan los chicos pero no para tenerlos encima todo el tiempo. Y la verdad es que le dedico mucho tiempo a la música y necesito la tranquilidad de mi casa para poder componer." Recuerda entonces una carta que Mozart le escribió a un amigo, y que ella musicalizó, en la que le decía que para él la composición era puro pensamiento que se iba armando en su cabeza hasta que quedaba completamente acabado, pero que le surgía cuando estaba solo y tranquilo, durante los viajes, o después de comer. Su virtuosismo era tal que llegaba a ver en su mente la obra completa con todos sus detalles. Por eso, decía, "cuando tengo que escribirla, no me importa que esté mi mujer alrededor, o que haya niños o perros, sólo me distrae una conversación atractiva". Pero su caso fue único en la historia.

La música no fue nunca ajena para Marta. Su padre, médico, tocaba en los ratos libres el piano y sus tres hijos fueron educados en el placer de escuchar óperas y ejecutar algún instrumento. Ella eligió también el piano, y reescribiendo una vieja historia familiar fue la única de los tres que siguió profesionalmente con el hobby juvenil. El padre había heredado la pasión musical de una madre italiana, oriunda de Lucca –en la Toscana–, que había aprendido a tocar nada menos que con Giacomo Puccini.

EL SINO ARGENTINO

"La música contemporánea que podríamos llamar clásica, aunque esto parezca una contradicción, no está en su mejor momento, como ninguna de las artes. Hay un clima de fin de siglo aplacado, en el que no aparecen novedades ni movimientos, como sucedió en los 50, 60 y 70. Sin embargo, en algunas áreas se hacen innovaciones, como la ópera. Cuando yo estudiaba, en la época del Di Tella, decían que la ópera había muerto y yo sufría, porque me gustaba mucho. Pero con el tiempo se vio que surgieron puestas modernas, algunas de tipo multimedia, sobre óperas clásicas o contemporáneas. Esto también tiene que ver con la importancia que adquirió el rol del regisseur frente al compositor. Antes, el autor era mucho más importante: Puccini, por ejemplo, tiene en todas sus óperas acotaciones que marcan el lugar de los personajes, la escenografía, aspectos específicamente teatrales. En la Argentina, explica, sucede que muchos autores se quedaron pegados a composiciones con temática y estética folklórica, que se usó mucho en los 20 y los 30, pero en los 50 dejó de existir. "Pero se hacen también otras cosas y de hecho lo que nosotros enseñamos acá es diferente. Pero el problema principal que yo le veo al país es la ausencia de una 'cultura de la cultura'. Si bien tenemos los dos premios más importantes de América Latina –el que otorga el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, que es de 1000 pesos, y el del gobierno nacional, que es un poco más bajo–, que no son sólo reconocimientos a la labor sino pensiones vitalicias y graciables, no hay apoyo para los autores. El que sale adelante es el luchador, un tipo como Gandini, que está todo el tiempo generando cosas." Y que dicho sea de paso, estrenó varias obras de Marta. No se dirán cuáles porque a esta altura las tres versiones sinfónicas de Antígona –interpretadas por la Orquesta Sinfónica nacional, la Filarmónica, y en el Carnegie Hall de Estados Unidos por Russell Davies– se conjuraron para extraviar al periodista con una ópera sobre Bach *–Oh, eternidad–* escrita sobre textos del mismo autor, de un libro apócrifo de su segunda esposa, de Edgar Allan Poe, de Hölderlin y de la propia Marta; una obra para quinteto que será estrenada próximamente; las grabaciones que hizo un grupo chileno de su musicalización de tres tankas (poemas con estructura oriental) de Borges, y varias obras. Ya no hay hilo, sino una pira de purísima y riquísima lana que se amontona en el escritorio. Imposible abarcar su repertorio. Basta lo dicho. Un rompecabezas de géneros, nombres y conjunciones creativas



TAMARA PINCO

QUIERO CONVERTIRME EN *Clásico*

POR CRISTINA CIVALE

REPORTAJE Almudena Grandes pasó por Buenos Aires para presentar *Atlas de geografía humana*. La autora de *Las edades de Lulú*, esa novela que dio la vuelta al mundo convirtiendo a su autora en un exponente incuestionable de la literatura erótica española, ya está harta de su personaje. Su mayor ambición como escritora es escribir *El Quijote* o algo así.

Almudena Grandes acaba de desayunar en uno de los salones del City Hotel, un hospedaje cuatro estrellas, un edificio clásico que se erige como una reliquia urbana junto a la Plaza de Mayo. Envuelta en su extraño nombre que alude a la Virgen de la Almudena –que en árabe quiere decir muralla y es la patrona de Madrid–, vino a presentar su última novela, *Atlas de geografía humana* –que desgrana cuatro voces de mujeres en sus treinta y largos replanteándose la vida en ese momento tan ambiguo pero a la vez tan preciso que se llama madurez–, acompañada de su marido, el poeta español Luis García Montero, al que le dedicó el libro y al que lo hizo cargo, desde la dedicatoria de la novela, de cambiarle la trama a su relato pero, sobre todo, la de su vida. El hombre no fue sólo un simple acompañante. También llegó al sur para dar unas charlas y para presentar su libro de poemas, también un best-seller que arrasa los charts españoles de poesía.

Grandes y García Moreno son dinamita, un engranaje que escribe y vende. Su obra se expande con la velocidad del rayo y el fulgor de la pólvora y los lectores, según parece, los adoran. Se conocieron hace cinco años en un congreso y nunca más se separaron. Grandes reconoce las ventajas de estar casada con un poeta que, además de tener el don de la palabra como ella dice tenerlo, con el cual no compite porque sus géneros no se cruzan, pero sobre todo porque, como escritor, es el único que puede conocerle su neurosis y que, desde allí, el pacto no puede ser mejor. Este hombre le cambió tanto la vida que Grandes se atreve a decir sin pudor que desconfía de la felicidad sin el amor de una pareja. Toda una declaración para quien además suele relatar historias donde la felicidad pocas veces se alcanza y pocas veces los amores deseados se consuman.

La Grandes publicó cuatro novelas –*Las edades de Lulú*, *Te llamaré Viernes*, *Malena es un nombre de tango* y *Atlas de geografía humana*– y con todas ellas vendió más de un millón de ejemplares. Ganó mucho dinero y dice disfrutar ahorrando y gastando sólo en vivir bien. Prefiere comprarse una esmeralda a un coche; y un ejemplar de primera edición, un incunable, a cualquier otra cosa. Es que su marido los colecciona.

Su trabajo como escritora profesional empezó exactamente cuando cumplió los treinta y *Las edades de Lulú* daba la vuelta al mundo conociendo la impunidad de las traducciones y convirtiendo a su autora en un exponente incuestionable de la literatura erótica española. Los directores de cine la amaron y *Las edades*... fue rodada por Bigas Luna con un impacto inferior al que disparó la novela, ya un clásico del género.

–¿Es una obligación de la escritura femenina empezar por el erotismo?

–No sé si es una obligación, pero sí al menos es cierto que muchas mujeres hacen sus primeros intentos desde el erotismo y eso puede marcar una diferencia con la literatura escrita por los hombres. Pero yo ya abandoné esa etapa de mi escritura. Si bien no reniego en absoluto de ella, hoy estoy muy lejos de la mujer que escribió a Lulú. No en vano han pasado casi diez años.

–¿Es verdad que durante un tiempo temía no poder sacarse a su personaje Lulú de encima?

–Tuve un miedo parecido a eso. Todos los escritores temen no poder volver a escribir en algún momento y yo pensaba que después de Lulú sólo podría haber más de Lulú. Pero cuando escribí el personaje de Malena me sentí totalmente liberada. Lulú podía seguir su camino sin mí y yo, por fin, podía dedicarme a otra cosa.

–¿Siempre quiso ser escritora?

–Siempre. Desde pequeña tengo escritas cosas... a los 7 u 8 años. Solían ser cuentos que empezaba con mucho brío y que casi nunca terminaban. Pero tenía mucha conciencia de autora. Los escribía en un cuadernito y en la portada ponía como una carátula con mi nombre, con un dibujo. Faltaba el copyright y ya. Tengo una tía abuela que guardó esas cosas y me las va dando de a poco.

–¿Qué impresión le produce leer esos materiales?

–Lo que más me impresiona es la conciencia de autora. Me ponía a mí misma como autora de libros, no escribía por escribir.

–O sea que tenía todo muy claro desde el principio.

–Era una gran lectora. Pero uno escribe y no sabe por qué. Nunca me lo había preguntado hasta que publiqué mi primer libro y empezaron a preguntármelo en las entrevistas. Creo que se escribe porque tienes una necesidad imperiosa de escribir. No es un placer ni un dolor: es una necesidad. No es algo que se pueda racionalizar. Siempre me tomé la vida como una cosa muy narrativa.

–¿Toma su vida como material de escritura, como fuente?

–No, en absoluto. Si tomas la vida como tal dejas de vivir y, a la larga, de escribir. Es un mecanismo perverso. Sin embargo, me doy cuenta de que ando por la calle buscando materiales, desde siempre, es ir y ver a una persona y ya me pregunto por qué es así, cuál es la historia que hay detrás. Pero no la conozco de nada. Lo que puede hacerme una persona es provocarme. Lo demás me lo invento. Estamos acostumbradas a hablar de la vida como las cosas que suceden en tiempo real y que lo autobiográfico es aquello que se vive de ese modo, mientras uno lee tambien está viviendo y forma parte de la biografía que lee. Las fuentes no son mi vida solamente, sino los relatos de los otros que ya empiezan a formar parte de la vida. Pero la verdadera fuente de mi escritura es la memoria. Es fascinante porque no es un registro subjetivo de la realidad, es una creación. Un escritor hace eso a lo bestia. Bah, al menos yo lo hago.

–Es una manipuladora de memoria.

–Sí, totalmente. La manipulo a lo bestia.

–¿Cuál fue el primer libro que leyó?

–Me da cosa contarlo porque es muy pretencioso. El primer libro fue una versión de la *Odisea* que me regaló mi abuelo para mi primera comunión. La *Odisea* es la primera novela de la historia, aunque es un poema épico, está tramado como una novela. Me emocionó tanto porque (*N. de la R.*: cuenta la historia de Ulises en primera persona del plural) había una cosa que no entendía: ¿por qué era tan importante para una reina que el rey comiera su comida? Aun sin entender eso, cuando regresa y no lo conoce nadie y es la noche en que Penélope tiene que conseguir marido. Los pretendientes tienen que tirar la flecha de Ulises y nadie lo logra, el mendigo, que es Ulises disfrazado, lo hace. Eso decidió el destino de Penélope y el mío. Siento que Ulises no estaba vengándose, me estaba vengando a mí. Me emocioné muchísimo, lloré un buen rato.

–¿Además del padre Ulises, cómo arma el resto de su familia literaria?

–Pertenezco a una generación de españoles, la última de los acomplejados y los primeros no acomplejados. Los que viajamos sistemáticamente con vergüenza y que volvimos diciendo que no se vive en ninguna parte como en España. No leíamos españoles porque estaba desprestigiado. En cambio leí todo el boom. Cortázar que fue muy importante para mí. *Rayuela*, luego de la *Odisea*, es otro libro importante en mi vida. Leía mucho a norteamericanos traducidos. Fue muy importante descubrir a la generación española de medio siglo. Lo hice tarde, pero lo hice. Para mí fue muy importante porque tuve escritores con quien dialogar, con quien pelearme. Ellos forman la tradición en la que me quiero inscribir. Tengo también una debilidad inmoderada por la novela del XIX. Leo mucho a Galdós, que es tan importante como Cervantes. Leo también europeo, Jane Austen, Flaubert, los rusos. Creo que el XIX es la gran época de la novela. Todavía se podía ser salvaje e inocente a la vez. Todavía ellos podían armar un mundo, global y completo. Eso hoy resulta imposible.

En el XIX el escritor **se pasaba** por los huevos lo que tenía que **hacer**, lo que le mandaban. Hoy hay muchas **presiones** que sí tienen que ver con el mercado. Desarrolla un montón de **mecanismos perversos** que todo el mundo conoce, puede **presionar**, su perversidad está directamente relacionada con la corruptibilidad del escritor.

–¿Cuál sería para usted el objetivo de la novela hoy?

–Recuperar la ambición del XIX con todo el bagaje aprendido en el XX, con todo lo que se ha avanzado en la creación de personajes, estructuras e imaginarios. Mi meta, lo que a mí me interesa, es recuperar la fabulosa ambición de los del XIX y sobre todo su salvajismo, porque la inocencia es irrecuperable.

–¿Quién mató la inocencia?, ¿el mercado?

–En el siglo pasado, la literatura tenía importancia porque todo el mundo esperaba los libros y aún más, se esperaba a ver qué hacían los escritores como para tomar ciertas decisiones. La literatura y los libros eran la puerta hacia lo maravilloso. Hoy las puertas hacia lo maravilloso se han multiplicado. Hay otras, como el cd rom, el video, los ordenadores personales, la realidad virtual. Todo esto hizo que la literatura se convirtiera en algo de mucha menos importancia en la vida cotidiana de las personas. Así se fue perdiendo la inocencia. La literatura quedó más restringida para minorías y en consecuencia es algo más reglamentado. Curiosamente su reglamentación ha crecido en modo opuestamente proporcional a su importancia.

En el XIX el escritor se pasaba por los huevos lo que tenía que hacer, lo que le mandaban. Hoy hay muchas presiones que sí tienen que ver con el mercado. Desarrolla un montón de mecanismos perversos que todo el mundo conoce, puede presionar, su perversidad está directamente relacionada con la corruptibilidad del escritor. Si un escritor no se corrompe el mercado no tiene por qué afectarlo. En definitiva, cada uno es el autor de sus libros, no hay una entidad que se llama mercado que te dice que te va a escribir tal o cual novela. Por otro lado, el mercado bien gestionado es la libertad para un escritor. Un escritor que no ha nacido millonario –y yo no he nacido millonaria– sólo puede ser libre si sus lectores le dan de comer entre un libro y el siguiente. Si esa relación falla tienes que empezar a escribir de encargo, de prisa, un libro al año para ganar dinero con otras cosas.

–Antes de que el mercado la liberara, ¿de qué vivía?

–De lo que en el mercado español llamamos "negra" y aquí creo que son "fantasmas". Yo no escribía para otros escritores. Escribía para editoriales por encargo textos que no firmaba: muchos pies de fotos que iban en libros firmados por otro autor, también hacía corrección de estilo. A lo mejor me daban el libro de una cocinera hecho fatal y yo lo ponía bonito pero no lo firmaba. Luego fui editora de una colección de libros turísticos y así estuve hasta que apareció Lulú.

–¿Cuál es su mayor ambición como escritora?

–Escribir el *Quijote*.

–Ya está escrito.

–Sí, claro, ya lo sé. Digo escribir algo como el *Quijote*, como *Anna Karenina*, como *Cumbres Borrascosas*.

–O sea que quiere convertirse en un clásico.

–Claro. Yo y todos los escritores queremos eso.

–En su última novela usted habla de mujeres que rozan los cuarenta años y que buscan infructuosamente saber qué fue lo que hicieron con su vida los últimos diez años. Como si ese tiempo se hubiese esfumado por la alcantarilla... Curiosamente sus treinta años fueron los más fructíferos de su carrera. ¿Por qué cuenta esa sensación?

–La sensación del tiempo perdido, de que el tiempo se cuela y uno no sabe dónde encontrarlo no es una idea exactamente mía. La tome de un amigo. Cuando cumplió 50 años se dio cuenta de que recordaba todo sobre su vida hasta los cuarenta pero después ya no supo dónde estaba cuando tenía cuarenta y dos y así. Como si el tiempo se le hubiese escurrido. Sentía que le habían robado diez años. Eso lo entendí y me lo apropié. Me pareció fascinante porque alguna vez también tuve esa sensación.

–Después del ciclo testimonial, ¿cuál es el próximo?

–Con *Atlas*... fue la primera vez que no sabía qué iba a ser lo próximo que escribiera. Estuve un poco agobiada porque cuando terminas un libro siempre te preguntas: "¿Y si no escribo más?". Ahora tengo una historia que no sé cómo la voy a contar pero ya la conozco. Va a tratar sobre el miedo, sobre la huida y por supuesto sobre la memoria.

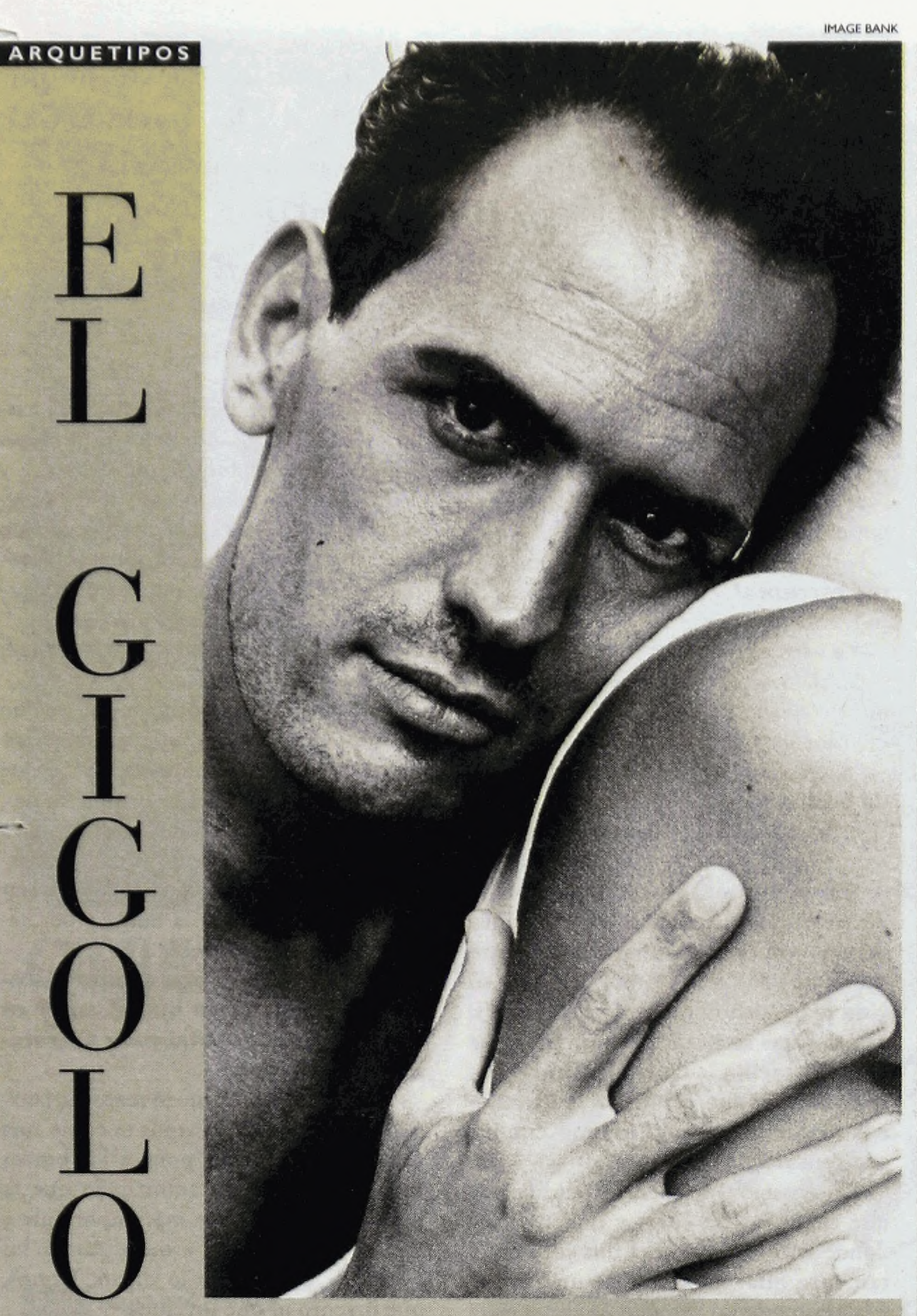
–Usted que siempre cuenta historias de amor, ¿cree que el amor es un invento occidental para entretener a las mujeres?

–No creo que sea un invento ni occidental ni oriental. El amor es como una zanahoria que se les pone a los burros para que anden. El amor es lo que te hace seguir vivo, es lo más importante y lo que le da sentido a todo. Aun a los hombres, aunque no lo digan. Vamos, qué invento ni qué invento●

ARQUETIPOS

EL GIGOLO

IMAGE BANK



POR M.M. Es un tipo que parece haber tenido un repentino ataque de sordera al escuchar eso de "amor con amor se paga", transformándolo en "el amor se paga". El ejemplo más encantador es el muchacho al que la escritora Colette llama Cheri y a quien le gusta probarse ante el espejo el collar de perlas de su amante mayor y termina suicidándose porque ésta se ha atrevido a envejecer. El menos encantador, el que Erika Jong describe en su libro *Miedo a los cincuenta* como un joven de buena familia que hace fierros para mantenerse a la altura de su no-profesión pero que bebe como una esponja. Pariente benigno del fiolo que anda entre malandras, explota a las trabajadoras del sexo y transa con la policía, y del taxi boy, siempre al borde de hacerse delincuente o de darle a su cliente un final a lo Passolini, el gigoló es bastante legal. Puede ser un hijo malcriado que busca en la cincuentona la prolongación de la billetera materna, un desocupado que le tomó el gusto y pone el grito en el cielo si se le señala la última vez que consultó la página de avisos de Clarín o "el hombre que necesita un millón de pesos para el día siguiente" descripto por Roberto Arlt. Camuflado de elegante y educado galán de antaño, suele merodear por los boliches de solas con un aire de soltero edípico a quien, porque el mundo se volvió feroz y sólo apto para trepadores, la vida dejó en un lugar sin brillo. Al principio paga, eso forma parte de su manera de no despertar sospechas, sólo que algo muy barato como pizza y neviolo, o fideos al pesto –a lo mejor en plato compartido–, como para subrayar que no tiene un mango pero que lo poco lo gasta en la dama a quien corteja. Si el tipo es vivo, el entre puede ser bastante largo, hasta que un buen día hace como que tiene un problema pero que no piensa contar –es decir simula que simula–. Sonsacado por la Ella en cuestión, termina por confesar que le vence un pagaré al día siguiente pero de ninguna manera acepta ayuda de una mujer. Y Ella terminará rogando que acepte, hasta amenazándolo con suicidarse, si no lo hace. La historia se repetirá una y otra vez y la dama, si sola y desesperada, seguirá mordiendo el anzuelo.

Contra lo que pueda pensarse, entre los artistas hay muchos gigolós, se supone que su genio, siempre mal pago en el mundo del trabajo, vale por su mismísima existencia y la Roxi de "Gasoleros" lo supo bien cuando bancó como marido a un escritor de cuarta. Hay gigolós que sólo reciben ropa de firma, autos deportivos y mansiones mediterráneas y no cheques en efectivo. El gigoló suele ser un buen amante, aunque quizá demasiado técnico, pero su fuerte es la atención y la compañía. En eso se jacta de conocer a las mujeres mejor que ellas mismas. Su vocación no se sacia nunca ya que, sea por culpa o porque despilfarra más de lo que consigue, con el fin de seguir *viviendo* a su víctima, no se queda con nada y termina revendiendo sus trajes de Armani en una boutique de vintage.

TALK SHOW
por Moira Soto

El rapto de Sabine



Parecía destinada a esa vertier
de la comedia francesa de gr:
prefabricada onda Georges
Lautner o Michel Lang, cuando por
fortuna la raptó en 1983 –sin violer
alguna– Alain Resnais para que hici
la tímida institutriz de *La vida es un*
novela (estrenada localmente) y des
pués ya no pudo filmar sin ella (salv
want to go home, 1989). Pero por e:
albures de la distribución, los espec
dores argentinos se quedaron sin v
Sabine Azéma en *L'amour á mort* ('8
Mélo ('86), *Smoking, No Smoking* ('9
En cambio, tuvieron posibilidad de
apreciar su talento dúctil en *La vida*
nada más ('88), *La felicidad está cerc*
('94), y sobre todo en la conmoved
Un domingo en el campo, donde una
bine consumida por la inquietud, al
errática, pasaba un día, el último pa
él, con su padre, el gran Louis Du-
creux, sin lograr un genuino acerca
miento.

Una vez más de la mano del increíb
mente juvenil Resnais (75 al dirigirla)
Sabine Azéma es una de los seis pro
gonistas del estreno *Conozco la canci*
comedia ingrávida maliciosamente di
tida sobre los juegos del amor y del
azar. La actriz del perpetuo flequillo es Odile, mujer de corazón tierno bajo una capa de dureza exterior que la lleva a ser bastante sargentona con su marido Claude (Pierre Arditi, su compañero en la vida real) y a imponer atropelladamente sus deseos. Odile tiene una hermana, Camille (la también guionista Agnés Jaoui), guía turística a punto de rendir una tesis sobre los campesinos del lago Paladri en el año 1000. Con las mejores intenciones, Odile también opina respecto del romance de su hermana con el infartante –pero ruin– Marc (¡Lambert Wilson, quisiéramos verte más seguido!).

Bien distinta de su personaje, en la vida real Sabine Azéma recuerda que desde chiquita asoció amor y trabajo: cuando sus amigas decían que querían "un marido e hijos", ella pedía "un marido y trabajar con él". Con el tiempo, sus deseos se le cumplieron y ella celebra los grandes encuentros amorosos (y también amistosos) que ha tenido ejerciendo su amado oficio de actriz. Hasta que se topó con Pierre Arditi, bajo la mirada de Resnais en –nada menos– *L'amour á mort*, y ya no se separó de él ("alguien fuera de lo común, que viene de otro planeta, que ha recibido un don"). Se confiesa a la vez lenta y rápida: lenta para despegar después de mucho pensárselo, pero cuando arranca nadie la puede parar. Ni siquiera sus repentinos bajones de ciclotímica ("me parece indigno complacerse en la depresión, hay que luchar contra ella").

En la encantadora *Conozco la canción*, Sabine-Odile, lo mismo que el resto de los personajes, en medio de cualquier diálogo empieza a cantar, pero no con su propia voz sino con la de Dalida y otras figuras populares que entonan canciones que expresan las emociones que están viviendo. Como por ejemplo, si Sabine Azéma hiciese un papel en *Alma mía* y Pablo Echarri abriese la boca y con la voz de Roberto Rufino le cantara: "Francesita / que trajiste pizpireta / sentimental y coqueta / la alegría del quartier".